



## Biografía

Hipólito Aymart d'Arlot de Saint Saud conde de Saint Saud, originario de Aquitania, nació el 15 de febrero de 1853. Estudió leyes en Burdeos, llegando a ejercer de juez en Lourdes. Casado y con cuatro hijos, pronto inicia su afición montañera, que inicialmente desarrolla en los Pirineos. Por recomendación del coronel Prudent, con el que trabajaría asiduamente, Saint Saud se centra desde 1878 hasta 1890 en la cartografía de la vertiente española de los Pirineos, más atrasada que la francesa. En esta época realiza una ingente labor de campo que sirve al coronel Prudent para realizar 6 mapas pirenaicos a escala 1/200.000.

Miembro desde su origen del Club Alpino Francés (C.A.F.), fue Secretario General de la sección S.O, siendo su embajador de por vida, lo que le permitió participar en todos los acontecimientos montañeros en ambos lados de la frontera, estrechando lazos entre las asociaciones de ambos lados de la frontera.

Acabado su trabajo cartográfico en los Pirineos, en una peregrinación a Santiago de Compostela, que realiza en 1881, Saint Saud descubre los Picos de Europa. Pasa unos días en Ribadesella, lo que sin adentrarse en los Picos le permite fijar su atención en ellos. A partir de este momento Saint Saud queda enamorado de los Picos, en los que realizó un trabajo sistemático, volviendo en sucesivos viajes los años 1890, 1891, 1892, 1893, 1906 (por dos veces), 1907, 1908, 1924 (con sus hijas) y 1935.

Los primeros relatos de los Picos los publica Saint Saud en la revista del C.A.F. en 1882, describiendo su viaje antes citado.

Su amigo Paul Labrousche le acompañó a los Picos durante los años 1890, 1891, 1892 y 1906, y además colaboró con él en la publicación de los relatos de esos viajes en la revista "Le Tour du Monde" en el primer semestre de 1894. Esta publicación íntegra, traducida por los autores de estas páginas, es la que figura a continuación.

En 1893 el teniente coronel Prudent, valiéndose de los datos tomados por Saint Saud realiza un mapa completo de los picos a escala 1/100.000.

En 1922 aparece la primera edición de la "*Monographie des Picos de Europa*", su obra más completa dedicada a los Picos. En ella se incluye el mapa realizado por el capitán Maury, considerado la mejor obra cartográfica realizada hasta entonces.

La segunda edición de esta obra, con prácticamente el mismo contenido, aparece en 1937.

La primera edición pasa desapercibida en España, debido al escaso auge del montañismo en esa época, no mejor suerte corre la segunda, publicada en plena guerra civil española. En Francia ambas ediciones se agotaron, siendo difícil encontrarlas en la actualidad.

Como se ha dicho en estas páginas se recoge íntegramente lo publicado en la revista "*Le Tour du Monde*", incluyendo mapas y grabados. La traducción del francés la han realizado los autores de estas páginas. Se han incluido todos los grabados, más algunos adicionales tomados de la edición de la *Monographie* y fotos de la época.



CASTILLO DE MOGROVEJO<sup>1</sup> (PAGE 105).

## POR LOS PICOS DE EUROPA<sup>1</sup>

### (PIRINEOS CANTÁBRICOS)

POR M. PAUL LABROUCHE Y EL CONDE DE SAINT-SAUD

### INTRODUCCIÓN

Más allá de los montes, sobre la costa de España, hay una cadena muy elevada, que lleva el nombre singular de Picos de Europa. No hay nada seguro sobre el origen de ese nombre. Los geógrafos y los ingenieros españoles dicen que los primeros navegantes que volvía de América han bautizado así esas montañas saludando en ellas al viejo continente. Pero nos parece difícil admitir que no hubieran notado la costa más que a la vista de nuestros picos.

Este macizo calcáreo situado afuera y al norte del eje de los Pirineos Cantábricos no ha sido, a decir verdad, ni explorado ni descrito. La crítica histórica ha disertado sobre los hechos más o menos oscuros que los cronistas contaron en los valles que les rodean; ella no ha acercado a estos cuentos, salpicados por las leyendas antiguas y un patriotismo envidioso, el examen del teatro donde se ha desarrollado la época maravillosa de la primera cruzada europea.

Un conjunto de particularidades hacen penosa la exploración del macizo asturiano, pero le dan un carácter de una extraña grandeza. En estos terrenos cretáceos y generalmente carboníferos, que alcanzan sus crestas con una brillante blancura en medio de levantamientos grises o rojos formados de esquistos o conglomerados, se excavan inmensos embudos llamados con un nombre que se corresponde al masculino de “olla” (*ollo*) y a su equivalente lingüístico (*oule*) en el idioma pirenaico francés, esas depresiones aíslan una cresta tras otra y forman un desierto sin vegetación donde la vida animal no está representada más que por numerosos rebaños de rebecos y algunas mariposas. Las aguas de los neveros y de los charcos glaciares así como las lluvias, muy frecuentes en el macizo, se precipitan al fondo de esos embudos, a veces, como al norte de la Peña Santa, caen entre las fisuras calcáreas en un abismo entreabierto donde desaparecen sordamente. Salen de nuevo más abajo, en las ricas tierras a través de las cuales la roca ha detenido su recorrido, tierras donde los

torrentes fluyen en abundancia y donde las fuentes no se agotan, en medio de prados fértiles y árboles de todas las especies. Cuando se ha dejado la tierra de la sed y de la miseria, nada es tan dulce, bueno y encantador como volver a encontrar, al pié de las murallas, esas aguas celosas que han viajado subterráneamente y brotan frescas y abundantes, en una tierra perfumada y florida. Pero la “*mala tierra*”, como la llaman los cazadores de la comarca, es también tan bonita. En ese desierto de piedras, alineando a lo largo de los hoyos sus paredes verticales rotas por los desprendimientos, se levantan las crestas orgullosas, tomando todas las formas conocidas o desconocidas, reales o fantásticas, cilíndricas, cónicas, piramidales, trapezoidales, cabezas o miembros humanos o animales, grupos modernos y antiguos, árboles petrificados, las mil y unas fantasías de una estatuaria extravagante, en la que no asustan ni el desplome, ni la inclinación, ni el vacío, ni el disloque. No solamente las aristas se entretajan en monumentos cuyo aspecto cambia desde cada ángulo de perspectiva, y cuyo color cambia a cada hora del día, pero el mismo corazón de la roca es un enorme panel esculpido, una especie de bajo relieve, hecho de estrías calcáreas y donde sin gran esfuerzo de imaginación pueden verse las formas más extrañas.



Tan acentuadas y excavadas por el azar de la erosión están las líneas y el cincelado que los tapizan que la misma fotografía conserva la vida de esos peñascos.

Desde las cumbres, las alturas parecen avanzar como gigantescas espuelas sobre los valles que parecen no tener fondo. La vista se extiende hasta más de veinticinco leguas: sobre el inmenso mar en el que se distinguen las velas de los barcos y el humo de los vapores; sobre los tibios horizontes de Galicia donde se pierden algunas montañas con perfil suave, como las alturas que azulean en las planicies de Córdoba o en la de Nápoles, sobre la meseta de Castilla roja y soleada, salpicada de pueblos y terminando por una línea difuminada de sierras con un gris luminoso muy lejano.

Por la mañana y la tarde, tantas brumas ligeras flotan en el claro cielo que todos los colores del arco iris se muestran a su alrededor. El rojo sobre todo se matiza en el infinito sobre los festones de las crestas; el rosa, el violeta, el negro estallan en esplendor, produce fuegos artificiales con cohetes silenciosos. Pues el silencio es eterno en estas regiones, donde nada de lo que produce ruido en la montaña pasa a la superficie del suelo, a no ser a veces el viento.

Un hombre aislado perdería el sentido del oído en la “mala tierra” y la muerte le parecería más dulce porque habría vencido en una naturaleza adormecida con el sueño de las ruinas.

Los picos de Europa forman un paralelogramo alargado de 50 Km de largo por 20 de ancho de media. Están cortados por tres fracturas profundas que los atraviesan de parte a parte: una al oeste, el Sella, la otra en el centro, el Cares, la tercera al este, el Deva. El alto valle del Deva se llama la Liébana. El Sajambre, Valdeón y la Liébana están encajados entre la cadena Cantábrica y los Picos de Europa, que les bordean por el norte y siguen una orientación más o menos paralela a la línea de partición de las aguas.

El Cares recibe un afluente, el Duje, que forma una cuarta depresión también muy profunda. Esta depresión difiere de las otras tres en que tiene su origen en medio de la cadena de Europa y no sobre la cadena Cantábrica como la del Sella, Cares y Deva.

Estas cuatro gargantas limitan tres macizos distintos: el macizo occidental o de Covadonga, entre el Sella y el Cares; el macizo Central o de los Orriellos, entre el Cares y el Duje; el macizo Oriental o de Ándara, entre el Cares y el Deva.

A las montañas de Covadonga generalmente se las llama *peñas*, término muy frecuente en España y utilizado en alguna parte de los Pirineos franceses bajo la forma *pène*, para designar las crestas coronadas de rocas; a las cimas de los Orriellos se la llama casi siempre *torres*, a causa de su forma cilíndrica, o *tiros* puesto que sirven para camuflar a los cazadores de rebecos; la palabra de *picos* se reserva específicamente para el macizo de Ándara.

Las gargantas del Sella, Cares y Deva están dominadas por murallas de más de 2.000 m. y su travesía es tan curiosa como la de las bellas gargantas suizas. La ruta del Sella puede soportar cualquier comparación con la de la Vía Mala en los Grisons.

No hay a día de hoy un mapa de conjunto de los picos de Europa, del que solamente una cima no culminante, la Torre de Cortés en el macizo de Ándara, es una señal geodésica de primer orden del Instituto Geográfico Español. Hay mapas particulares de las provincias de Oviedo y Santander, que son los de S.E. Don Francisco Coello, eminente presidente de la Sociedad Geográfica de Madrid, a escala 1:200.000, y la del geólogo Schulz (para Oviedo) con escala 1:127.500. No hay mapa de la provincia de León.

La raza, sobre todo en los pueblos aislados en el fondo de las gargantas como Caín y Bulnes, es muy característica. Se diría mestiza de Gaëls y Vascos. El perfil es fino, el paso fiero, el desarrollo precoz. Las mujeres tienen una larga nariz aguileña, los ojos almendrados, la cara ovalada y regular, los brazos regordetes y los senos firmes. Su corpiño rayado y ajustado dibuja las formas como un jersey y se entrecruza con un pañuelo de color; las faldas cortas dejan ver los bajos verdes o rojos; los zuecos están provistos de tres protuberancias que les impiden apoyarse directamente sobre el suelo. Algunos hombres llevan todavía el calzón corto, la camisa amarilla y el chaleco con mangas de los asturianos.

Esta raza, sobre los campos de Covadonga y dirigida por su jefe Pelayo, en el año 718, doce años antes de la victoria donde Carlos ganó en Poitiers su sobrenombre de Martel, mantuvo con los moros la batalla famosa que fue el origen de su expulsión de España y de la monarquía castellana. Once siglos más tarde aquella raza ha conservado en el mismo santuario de Covadonga, donde levantó una basílica, la piadosa y patriótica tradición de este gran hecho heroico, al igual que Francia guarda el de Juana de Arco.



ÁNDARA (PAGE 100).

## LAS MINAS DE LA PROVIDENCIA

La Hermida y Ándara.- La vida minera.- La Peña Vieja

(5-12 de Julio de 1890)

15 horas de viaje en tren y nueve en diligencia, de Madrid a la Hermida: el suplicio es duro en cualquier país del mundo, más duro puede ser en España, y una buena noche no es suficiente para reposar de estas fatigas. El hotel de los Baños, gran casa blanca sobre la ruta del Deva, tiene camas limpias, una cocina pasable, precios moderados. Las aguas minerales de la Hermida contienen, al decir de los químicos, cloruro de sodio, sulfatos, sales de cal, y su temperatura varía entre 50 y 61 grados. La docta Facultad las usa para el reumatismo, la gota, la dispepsia y la escrófula. Las fuentes fueron captadas en 1841, pero la construcción de las termas data de 1880. El lugar es salvaje y encajado en un abrupto desfiladero, los torrentes no dejan sitio para la carretera y los edificios. No se puede decir que los naturales de allí tengan más prisa que los del resto de la Península; y Pedro *el Herredor* se hace esperar más de dos horas. Este personaje es el representante del director titular de las minas de la Providencia, S.E. Don Benigno Arce, y el hombre indispensable para cualquiera que desee visitar el alto país.

En España generalmente está de moda confundir el macizo de Ándara con los Picos de Europa, y nuestra certeza en esta opinión se confirmó a nuestra llegada. Esperando al señor Pedro, fumé un delicioso cigarro de 20 duros, anticipo de nuestra caja, con el aire socarrón y gruñón característico de las gentes de bien de este país escuché el programa de nuestro viaje, y di instrucciones: un guía de burros y su burro están poco después en el umbral. La carga se hace sobre el “maestro Aliborón”<sup>2</sup>. Esta región es un infierno para los transportes. La buena mula aragonesa o catalana, la bestia segura y preciosa, no existe en los pueblos cantábricos. El mismo asno con airoso corvejón y pie montañés es un descubrimiento difícil. No hay más que dos maneras de viajar fuera de los grandes caminos, los caballos y las carretas de bueyes, que suben, con ruido estridente de ejes resecos, las sendas escarpadas a menudo más estrechas que ellos. Las carretas producen mareos y las adelantan las tortugas que remolonean. En cuanto a los caballos siempre están en el prado durante la primavera. Cuando se solicita “*caballería*” — y por esta palabra hay que entender cualquier montura — al decir de la gente siempre hay. Pero después de mediodía de espera buscando a la bestia en la montaña, y otro medio día que no se la encuentra, lo mejor que puede

hacer es ofrecer un cigarro al resignado propietario y dar una nueva batida en otra montaña. No vayáis jamás a España y sobre todo a los Picos de Europa si sois aficionados al sexto pecado capital. La cólera, siempre mala consejera, en el país de la paciencia no hace más que retrasar las cosas.

Gracias a Dios, en nuestros comienzos todo marchaba según nuestros deseos, excepto el tiempo. Mientras subimos las revueltas que nos conducían a las minas de Ándara, la lluvia amenaza, después cae, después se convirtió en nieve: y el camino es largo. Se cuentan cinco leguas lo que quiere decir en buen francés seis horas, nosotros lo aprenderemos a nuestra costa. Los carros cargados descenden pesadamente llevando el mineral al horno de Dobrillo, donde antes de ponerse en ruta por el puerto de Unquera, se le somete a cielo abierto a una primera cremación. Llegamos a Ándara ateridos y mojados hasta los huesos. El Sr. de Arce estaba ausente, pero el subdirector, el Sr. Alfonso Martínez Infante, nos dio la más encantadora acogida gracias a las recomendaciones que llevábamos. Este excelente hombre nos prestó ropa. Todo el personal doméstico se puso a nuestras órdenes; Emilia pone a secar nuestros vestidos, Jesusa atiza el fuego para la comida, Angélica, su risueña sobrina, prepara la cama, el mejor lecho de la casa, el lecho de la Infanta Isabel. Es allá donde Alfonso XII y su hermana inauguraron las famosas cacerías que han dado origen a las crónicas y sobre todo a la imaginación de los periodistas madrileños. Pero el Rey tuvo buen tiempo y nosotros lo tenemos malo: nevará toda la noche, mañana nevará todo el día. El tiempo pasa, resguardados de la intemperie y con la esperanza de que el sol salga mañana y que permitirá la feliz ascensión de la “*Tabla de Lechugales*” (2.445 m), el punto culminante del macizo oriental.

Ándara es el centro principal de explotación de zinc en los Picos de Europa. Dos grandes construcciones bajas y estrechas se alinean en un circo desolado. Una es la casa del personal directivo, otra sirve de almacén y habitación a los mineros.

La caliza de Ándara es metalífera y perteneciente a una capa inferior de terreno carbonífero. Encierra abundantes filones de calamina (carbonato de zinc nativo) y algunas vetas de sulfuro de plomo, de pirita de hierro y de cobre. Hay también dolomitas.

Cada galería tiene su modo particular de explotación. La extracción se hace tanto de abajo hacia arriba como de arriba hacia abajo. Ya sea en la mina, ya sea a cielo abierto se trabaja la selección de los minerales. Si los productos son ricos se les utiliza directamente; si son pobres se les somete a un lavado en cilindros en los que actúan pistones movidos a mano. La profundidad de la galería es de cincuenta a cien metros: el terreno es tan sólido que raramente se apuntala con armazones.

El personal de las minas de la Providencia es de alrededor de 400 trabajadores sin incluir los carreteros. Los “*barreneros*” ganan de 2,50 a 3 francos, los “*escombreros*” de 2 a 2,50 francos, los “*muchachos*” de 1,50 a 1,75 francos. Estos últimos son jóvenes de 14 a 16 años que llevan los útiles a la fragua, la comida al tajo y hacen todos los pequeños trabajos. Una veintena de mujeres trabajan, al aire libre, para escoger los minerales mezclados con piedras antes de proceder al lavado en el agua procedente de las nieves. Cada mina tiene a su mando un “*capataz*” y dispone de una *chabola* de albañilería y carpintería, donde se alojan de 15 a 25 obreros.

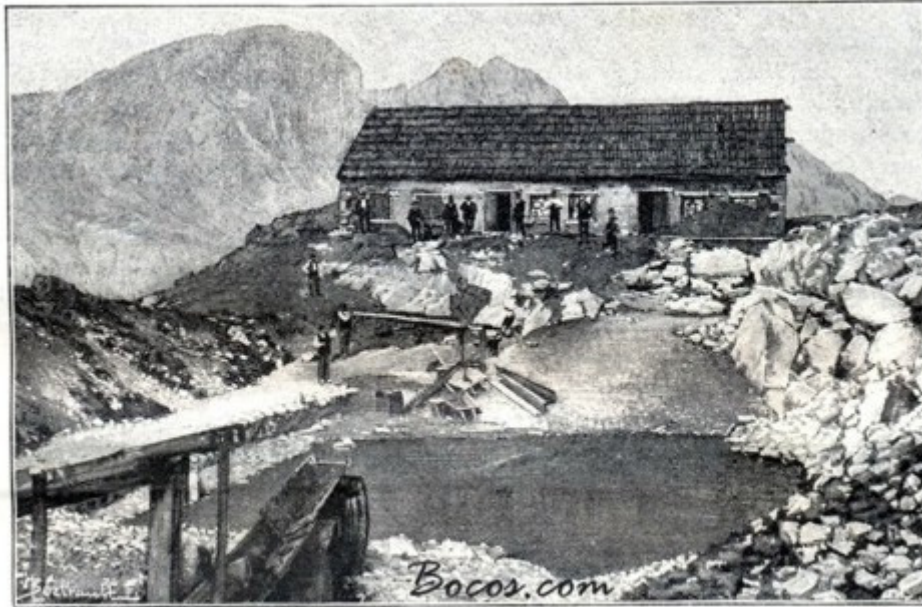
La comida, sana y abundante, se provee a los mineros reteniéndoles alrededor de 28 francos por mes (0,23 francos por día). Se reparte en tres comidas: una sopa por la mañana, dos comidas compuestas de tocino, diversas legumbres, arroz y a veces carne, a mediodía y a las 7. Cada trabajador recibe un kilo y cuarto de pan, la mayor parte tiene al final del primer mes pan para revender, y rehúsa comer en exceso. El “*ranchero*” es generalmente un personaje que se toma en serio su papel de la manera más cómica y a menudo deja de dar vueltas a la sopa para realizar las funciones de “*cantinerero*”, que simultanea con las suyas propias — ver para creer —. Vende vino, aceite, alpargatas y otros efectos, siempre por la ventana, la puerta de la tienda siempre está cerrada para los compradores.



LA DILIGENCE DE POTES<sup>1</sup> (PAGE 102).

De Ándara a Áliva, el segundo grupo minero de la Providencia, el camino más frecuentado pasa cerca del Pozo de Ándara<sup>3</sup>, el único lago de la región, después por Sotres. El descenso se hace por improductivos pastos, sembrados de un caos de bloques calizos tan grandes como los de Gèdre<sup>4</sup>. desde Sotres a Áliva se remonta el alto valle del Duje, osco y desierto, encuadrado por elegantes agujas y picos irregulares. Áliva igual que Ándara posee dos construcciones, la de los maestros y la de los destajistas, pero todo más modesto y más pequeño. Se diría que las casas de las minas de los Picos de Europa crecen en razón directa de su altitud. Áliva está a 350 m. más bajo que Ándara. Los edificios están sobre una meseta verde, a nivel de la línea que divide las aguas entre el Duje y el Deva. Se esconden en una especie de pliegue herbáceo, donde se termina la ruta que desciende a todo lo largo del valle del Deva, camino de carros de Áliva a Camaleño y a partir de ahí carretera de coches. Los minerales recorren unos sesenta Km. desde Áliva a Unquera, su puerto de embarque. El zinc que se explota en Áliva no se obtiene de la calamina sino de la blenda (sulfuro de zinc), se entrega tal cual, sin calcinación; la mayor longitud de los transportes iguala los gastos.

Alfonso XII honró Áliva con su visita, y nos han reservado la habitación real. Pero este palacio efímero compuesto de dos cuartos, no posee en cuestión de provisiones más que muy suculentos recuerdos. La venta de Áliva tiene por todo recurso pan mediocre y vino detestable. De todo lo demás carece, café, chocolate...¡el chocolate!



CASETON DE LIORDES <sup>1</sup> (PAGE 106).

## ENTRE EL CARES Y EL DEVA

Sobre las crestas.- Las minas de Liordes.- El Tiro Largo

(8 al 13 de septiembre 1891)

Una carretera nueva conduce de Reinos a las Fuentes del Ebro, y desciende a Cabezón de la Sal. A 2 horas de Cabezón, San Vicente de la Barquera, pequeña villa coquetamente situada al borde de una bahía, ofrece todos los placeres de la civilización. Una hora más y estamos en Unquera.

Don Marcial de Olavarría, ingeniero del cuerpo de minas y director de la de Picayos y Liordes, nos acompañó al principio de esta segunda excursión; en Unquera un coche estaba preparado y sube el fresco valle del Deva. En Panes desenganchamos el coche y cargamos. Larga tarea, tanto más ya que necesitamos otra montura. Se terminó por donde deberíamos haber comenzado, y se decidió ponernos en marcha sobre los caballos sin uncir. Uno de los viajeros caminando a pie, por turnos. Pero poco a poco cayó la noche y los senderos abruptos se convierten, en la oscuridad, en una especie de marisma. Allí el sendero pedregoso se hunde en el negro torrente.

“¿Que es esto? - ¡Oh! poca cosa, dice el SR. de Olavarría, una pequeña balsa. - ¿Una balsa a estas horas? - ¡Oh! sí, muy corta, pero al otro lado está la gran carretera”.

Y descendemos, se hace subir a las bestias que sufren, y nosotros mismos subimos como podemos, y el barco avanza hacia la orilla en la corriente siniestra con lúgubre en su chapoteo. Sin duda hemos terminado con el mal camino. ¿Pero que es lo que presagia de nuevo esta cola de derrumbes donde nos encontramos? ¿Esta escalera sobre la que escalamos? ¡Oh! Dios mío, casi nada: la gran carretera está a penas iniciada y no es más que una larga cantera en explotación, llena de grandes bloques arrancados de la mina. Y vamos de mal en peor, sobre un terreno que algún día estará allanado, pero que por hora está erizado de obstáculos, en esta oscuridad desesperante que nunca acaba. Nunca es decir demasiado pues una alegre luz brilla en el último recodo, y la casa de los Picayos nos da buena cena, buena cama y .... el resto, bajo la forma de una suntuosa excursión organizada para el día siguiente. Se trata de subir a un pico de vanguardia, el primero del macizo de Ándara del lado de la mar, la peña Mellera, que ha dado su nombre a uno de los “ayuntamientos” del

Cares. Antes de levantarnos se envía un convoy de porteadores sobrecargado de víveres, cuando nosotros nos hacemos ilusiones con la partida, el sol ya está alto.



CHENIX MONTANT DE FUENTE DE A LORDES<sup>2</sup> (PAGE 194).

La gran carretera es todavía un mal camino, más caótico que en pendiente, en el desfiladero de los Picayos, donde trabajan un centenar de peones transportando tierras. Pero pronto un vado cerca de Mier, donde el agua se derrama sobre la arena, nos permite pasar a la otra orilla, paisaje alpino, abierto en un claro entre dos gargantas, que giran con un ángulo tan brusco que no deja ver más que un ligero bostezo. Después el sendero sube bajo el bosque, se eleva en los pastos, entre graneros esparcidos y pasa por una especie de pequeño collado. Aquí después de un largo debate se toma una gran decisión: Labrouche se dirige a Ándara y el grueso de la expedición continuará su ruta hacia el pico, que él alcanzara tras una honorable escalada y un copioso desayuno. Todo el mundo ha comido bien, bebido y ha disfrutado del admirable espectáculo de este pico, dominando los frescos territorios de la costa, desde donde parece una gran montaña, y el mismo dominado por los escarpes de Ándara y de los Orriellos, con torres grises y soberbias, desde donde él parece un montículo. Durante este tiempo el pobre Labrouche pasa hambre y miseria. Retomó por fin la vieja ruta de Ándara, cuyas revueltas herbosas y tristes se extienden por el borde de la cresta. Algunos pasos más y Ándara aparece, con su hospitalidad “real” que compensa de todas las fatigas.

Al día siguiente el Sr. de Arce, perfecto gentilhomme, siempre discreto y previsor, tiene un guía a las órdenes del viajero. Se levanta el primero, con un tono amable y grave nos indica que esta vez es el francés el que se atrasa. Esto es lo más prodigioso de nuestras campañas: en Ándara y antes de lo previsto, el director está preparado al amanecer, el desayuno, el minero y los víveres también. Es una maravilla de exactitud y tan poco frecuente que no se nos ocurrió levantarnos a la hora prevista. La España a 2.000 m. no es España.

Por los caminos de la mina, después por una cresta fácil, subimos al pico de Hierro, uno de los puntos culminantes del macizo, cerca de uno de los puestos de caza del rey. Nieblas heladas corren por estas alturas sacudidas por los vientos que de pronto las desgarran, dejando ver las torres próximas, retazos del mar, claros en la dirección de Castilla. El collado Evangelista y un pequeño nevero nos llevan sobre una montaña vecina, desde la que descendemos al verdeante valle de Espinama. Avisado el gerente de Liordes salió a nuestro encuentro. Dos horas después los Sres. de Olavarría y Saint-Saud aparecen con su “caballería” y sus hombres sobre el alegre sendero que lleva al pueblo más alto de la Liébana, tras haber tomado el camino de Deva hasta Potes y admirado al pasar el castillo de Mogrovejo,

Espinama, al pie de los escarpes de Cámara, nos reserva una cena y cama aceptables.

Es conveniente ser alto para sentarse, la mesa llega casi al mentón de los hombres medianos. Conviene por contra ser bajo para dormir, las camas tienen la dimensión de grandes cunas. Aparte de esto no se puede más que guardar un excelente recuerdo de una noche pasada en la aldea.

Por la mañana, la caballería está preparada y caminamos hacia las minas de Liordes. En este valle del Deva, siempre fértil, siempre variado en su eterna frondosidad, y en su marco de rocas grises y dentadas. Una de ellas, sobre todo la peña Remoña — modesta cuando se está en lo alto — dirige al fondo su gigantesca aguja. Los caballos marchan despacio, entre los setos florecidos. En un claro donde tres pequeños valles divergen en abanico, tomamos el de la derecha. Las escarpaduras de un circo cierran toda ruta natural, a su pie borbotea la fuente del Deva que se llama, probablemente por abreviatura, “Fuente De”. A la izquierda en una muralla formidable, en la que se cruzan sus revueltas numerosas con los hundimientos y las cornisas, se eleva el camino de Liordes, camino que se dice de carros donde los caballos apenas suben, y que sabiamente los peatones sabiamente le evitarán en la noche. Es preciso estar allí para creer que existe, en una especie de grieta vertical que no es más que un horrible precipicio. La escalada es larga y dura y a menudo hay que descender del caballo para pasar los malos pasos. Juan Suárez, nuestro guía, se detiene complacido en mil historias macabras de las que esta “gran carretera” ha sido el teatro, y cada agujero que se ha tragado a un desgraciado vale una nueva historia más feroz que la anterior. Estamos en un collado, el collado de Liordes. A algunos pasos enmohece un agua gris, donde los obreros lavan el mineral; sobre un terreno compacto se eleva la casa de Liordes, aproximadamente 100 m. más alto que Ándara, a una altitud de 1.980m.

La mina ha estado abandonada varios años. No tienen ni idea de reiniciar la extracción; desde hace algunas semanas se contentan con utilizar el mineral amontonado, y un grupo de obreros bajo la dirección de un contramaestre está dedicado a esta laboriosa tarea. La casa forma un rectángulo, dividido en cuatro piezas, el dormitorio de los capataces, la cocina, una sala y una habitación. La casa ha sufrido durante los inviernos daños irreparables, está medio en ruinas. Las tarimas están podridas y chasquean por todas partes. Las ventanas solamente tienen postigos y si hace frío o llueve, el único recurso es encender una vela o desafiar al aire de fuera.

Pero por inhóspita que sea una morada hay una razón para elogiarla, allí la hospitalidad se ejerce ampliamente y el SR. de Olavarría encontró el medio de hacer de este pobre “casetón” de Liordes uno de los mejores campamentos de la “mala tierra”. Por otra parte Liordes es como un oasis perdido en el desierto. La planicie que domina la casa de la mina es lo que los castellanos llaman “vega”, es decir una llanura fértil poco extensa. La llanura de Liordes, como las raras “vegas” de los Picos es una cuenca que antiguamente fue un lago y cuyo humus ha tapizado la hondonada. Hay depositada una hierba espesa, donde pacen las yeguas, fluyen las aguas, se forman pequeños embalses, restos de lagunas desaparecidas por las fisuras que el agua ha hecho a través de la caliza y en las cuales se precipitan, sin remontar a los niveles de los tres collados deprimidos — Liordes, las Nieves y Remoña — que formarían los rebosaderos. Parece casi un milagro como esta naturaleza risueña contrasta con la rudeza de su entorno, cuando en la desembocadura de una de estas brechas y a la salida del pedregal, el sol verdea la fresca pradera bordeada de murallas y guardada por una caseta.

Estas murallas atraen pues son los bastiones más altos de la cadena. Desayunamos deprisa y con Juan Suárez, a paso ligero, bordeamos la planicie hasta el collado de las “Nieves” a media legua de Liordes. A la izquierda se eleva la Torre, que escalamos. La escalada pronto nos va a reservar sorpresas desagradables y nos anuncia otras más para mañana. Juan nos conduce al borde de una escarpadura inaccesible, para otro que no sea él, con los pies descalzos, su pipa en la boca y su brazo ligeramente curvado en forma simiesca para acrecentar la adherencia a la roca, atraviesa sin una arruga en su cara la pared cortada a pico. Nuestras protestas son inútiles; no hay más remedio que seguirle, no tenemos cuerda. Él coge nuestra mano con su puño sólido, de su rodilla hace como una grada y pasamos en un equilibrio inestable, jurando que nunca volveremos a pasar por allí, lo que no nos impide volverlo a hacer un momento después.

De la cumbre de esta torre, que bautizamos Olavaria, la gran muralla del Llambrión se despliega majestuosamente, erizada de almenas, hinchada de contrafuertes, de espantosa rigidez, sobre la otra vertiente del collado de las Nieves. Al oeste la torre de Salinas, el punto culminante de nuestro grupo, levanta su pico escarpado sobre la misma cresta en dientes de sierra.

Esta mañana, Domingo, partimos para la gran muralla. Una cornisa se eleva en el flanco, al norte del collado de las Nieves y por una estrecha meseta alcanza el hoyo del Cedo. Subimos continuamente, y esta vez, se presenta una escalada seria, es el muro derecho. El guía afirma que más allá todo irá bien y nos dejamos izar hasta una pequeña brecha. ¡Oh! ¡Horror! Sobre la otra vertiente se abre un precipicio vertiginoso donde cae un pasillo inclinado con una pendiente inverosímil. Retrocedemos valientemente y volvemos al pie de la muralla, que Juan propone atacar desde otro punto. Por las imperceptibles fracturas, este extraordinario escalador recorre la cresta y nos dice que hay un paso. Nos lleva como puede por una quebradura donde el muro se raja y entramos en una especie de balcón que eriza la roca con un resalte como un metro de alto.

Más allá, la pared es lisa. Juan está maravilloso, como estuvo ayer y como estará enseguida: se acuesta sobre el muro y su cuerpo hace de puente por donde pasamos más muertos que vivos. Al otro lado se abre el terrible pasillo que conduce a un estrecho saliente. Juan hace de nuevo con su cuerpo una pasarela y nosotros llegamos sanos y salvos a la otra vertiente; a Tonio, minero de los Picayos que nos acompaña, le tiemblan todos sus miembros. Una escalada dura pero corta nos conduce a la cima, donde el cielo, ensombrecido y amenazador desde por la mañana, descarga una tempestad de granizo y nos envuelve en una bruma espesa. Apenas se ve un abismo o una cresta blanqueados por el granizo en los claros de la borrasca. Helados sobre esta cima en la que a penas nos sujetamos, sintiendo el vacío por todas partes como un canto de muerte y el ruido del chaparrón en las piedras sonoras. Descendemos, no sabemos como, por las repisas, los pasillos y las cornisas, haciendo un alto en el saliente profundo que denominamos “Balcón de los rebecos”, encontrando que es muy larga y escabrosa la muralla del “Tiro Llagó” — es el nombre de esta montaña — y que es demencial continuar arriesgando la vida al azar de un equilibrio acrobático, sin tener el material con el que la experiencia del alpinismo arma a los más osados.



TERMINO DE CARR (PAIS 1901). — BRUNO S.A. PARIS, GRAVÉ PAR BARRIS.

### III

#### VALDEÓN Y SAJAMBRE

La tierra maldita.- De Caín a Soto.- La Vía Mala del Sella.

(14-17 septiembre 1891)

Descendemos a Valdeón por el collado de las Nieves. Se diría que algún Roldán asturiano ha dado un espadadazo a los flancos de esta montaña y ha hecho los canales abruptos, que son las únicas vías de acceso. Los “canales” son pasillos muy inclinados, con una longitud bastante constante — unos cincuenta metros de media — un fondo plano, salpicado de bloques erráticos, sin vaguadas ni agua. Dos muros, verticales, cuando no son en caída a plomo, les encajan como calles. El canal del Asotín se parece a sus similares, a pesar de que las escarpaduras que le alargan están más afiladas que agujas y más desordenadas de formas. Además de tener un pequeño lago en una cubeta, donde un poco de tierra vegetal ha cimentado los poros de la caliza. De frente la Peña Santa descubre en los huecos de la niebla su amenazante fortaleza, conocida con el nombre tan expresivo de “*Manchón*”. Más abajo se descubre el valle, destaca la vegetación, fluye una fuente, los bosques dan sombra a la senda y se explota una mina de la Compañía Asturiana a la que se accede por un camino de carros. Salimos de la “mala tierra” y atravesamos un rincón del país verde que la rodea. La carretera de la mina cruza el Cares por un puente de madera y se junta con la de Valdeón que sigue el curso del torrente entre setos frondosos, bosquedillos y praderas, donde algunos caseríos esconden sus tejas rojas. De repente el camino cesa bruscamente en la confluencia del vallejo de los Caballos: es el límite final de las carretas y en adelante las mulas pasan solas. El valle se estrecha y entre murallas cada vez más esbeltas se alcanza la garganta superior del Cares. El estrecho camino

atraviesa el río sobre un puente musgoso y serpenteante, sobre su margen derecha ataca una pequeña depresión dominada por un pico rocoso. Abajo humean las casas de Caín sobre la otra orilla. Volvemos a la tierra maldita, pues en este país donde los hombres, las piedras y las leyendas se rodean de una aureola de misterio, la maldición eterna se invoca al revés que en los lugares santos.



LA HERMIDA \* (PAGE 99).

Caín lleva el nombre de uno de los grandes malditos de la Biblia. Es la villa más miserable del valle y de la provincia. Sus casas son ruinas de piedras secas, mal unidas, negras, sucias, malolientes, como pocilgas que no se han limpiado nunca. Sus calles tortuosas trepan entre huertos enmarañados llenas de agujeros, de detritus, de roderas. Toda la población hormiguea en este tugurio. Los “*Cainos*”, considerados grandes cazadores en la montaña y grandes pecadores ante Jehová, forman un clan bárbaro, y mantienen como tradición, que su señor los abandonó, renunciando a dominarles, en el apogeo de la época feudal. Las muchachas son bien parecidas, precoces, y se dice que a veces las uniones se contraen temprano y se consagran de un día para otro cuando ya la familia es numerosa.

El cura es un viejo enviado al exilio en la parroquia de peor reputación de la diócesis de León. Antiguo canónigo, el pobre diablo expira en Caín todo tipo de pecados. Es mala suerte que se tenga que solicitar su hospitalidad. Nos recibe en la sala de la planta baja, especie de cobertizo que sirve de leñera, de almacén y de cochera, y para comenzar nos deja cortésmente en la puerta. La necesidad hace la ley e intentamos pasar a la ofensiva, invitándole a leer nuestras cartas de presentación. Se decide refunfuñando a llamar a su ama, honrada con el nombre imperial de Teodora. Queremos subir por la escalera de piedra con los peldaños pulidos por el desgaste y uno de nosotros resbaló. El ojo de tiburón del cura cayó sobre el torpe y grita con voz estridente: “Pienso que me engañáis, pretendidos ingenieros de montañas, que ni siquiera podéis entrar en mi casa”. Arriba: la pequeña cocina estrecha, ahumada, apestando a todos los olores, incluidos los de los vestidos sucios colgados en clavos; una pieza barrida hace un siglo, donde un montón desordenado de judías, patatas, jamones estropeados y huesos podridos se apilan al azar, frente a una cama rústica; al fondo la habitación del cura, que no veremos. Eso es toda la casa. Nuestro hospedero nos dice que no tiene nada para cenar. Enviamos a Tonio a buscar huevos. El cura se opone diciendo que es tiempo perdido. Nuestro porteador capta una señal que le hacemos y al rato vuelve con una fructífera caza.

Nos quieren hacer dormir juntos, ante nuestra negativa, Teodora hace un hueco entre las judías y pone un colchón en el que habrá menos piojos que en la cama grande. El cura deja a nuestros guías en la puerta, lo que no les impedirá ser buenos amigos por la tarde. Huimos un momento de esa

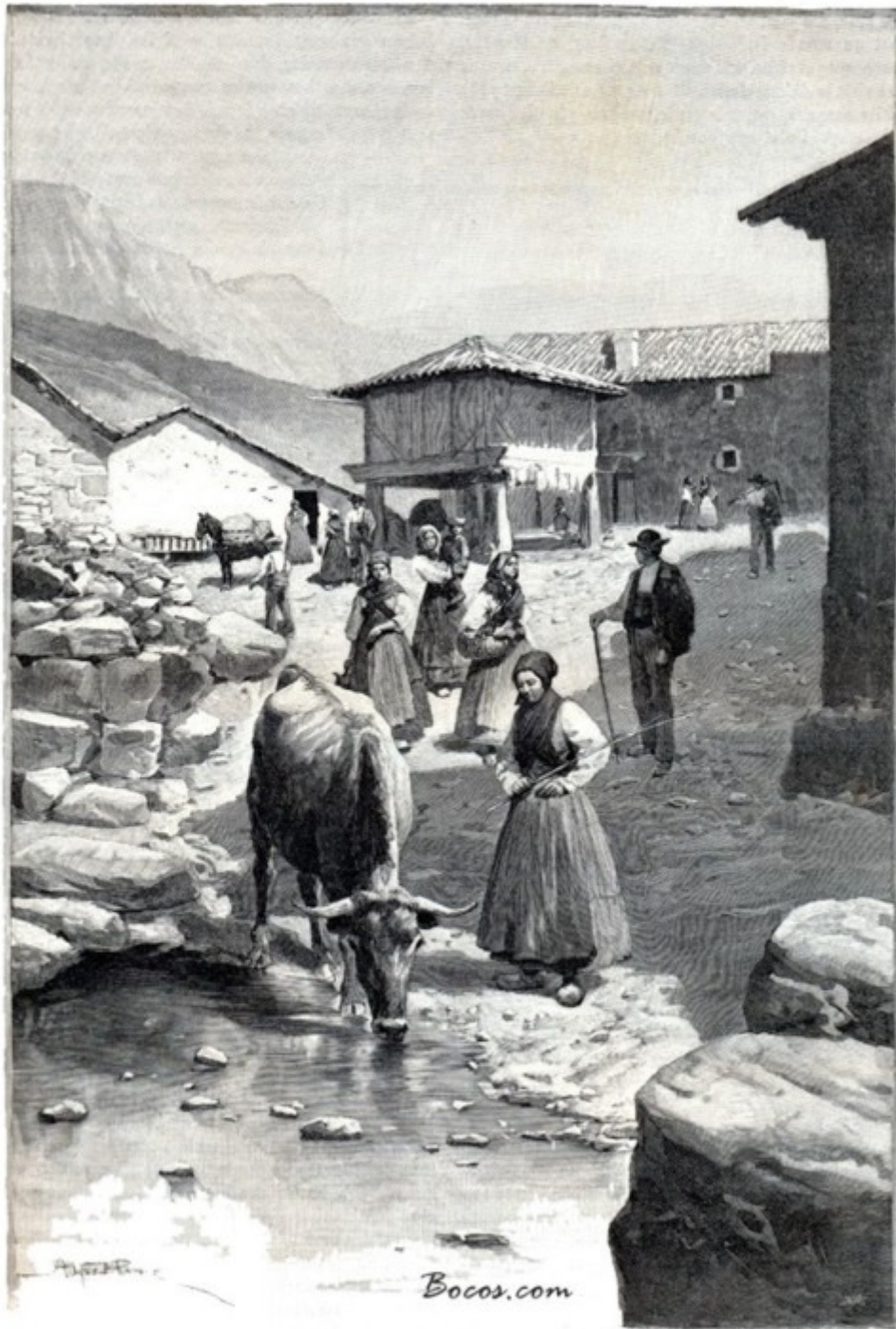
casa tan poco hospitalaria y nos refugiamos en casa de los vecinos. Las muchachas se reúnen: Las faldas azules o verdes, bordadas de rojo, escocesas o rayadas, vistosos echarpes cruzados; medias pardas o verdes, zuecos de troncos (con tres puntas que los aíslan), pañuelos de cabeza colgando como una trenza. Son jóvenes, casi niñas, la mayor parte casadas o eso dicen ellas. Con el diablo en el cuerpo y sobre todo en la lengua; estas pequeñas “*Cainas*” maldicen el universo creado sin excluir a su vecino el cura. No es preciso decir que nos pone la mesa. Entramos en la cocina y nos sentamos sobre un gran banco de roble junto a la chimenea. De pronto Teodora nos indica que bajemos la cabeza un poco, después mucho más; obedecemos servilmente; un viento pasa sobre nuestras frentes; lanzamos una mirada sorprendidos y hay motivo para ello; es la mesa que pasa sobre nosotros, adosada al muro y unida al banco por dos bisagras, que se coloca sobre nuestras rodillas o mejor dicho sobre nuestro mentón pues de acuerdo con el uso de este país tiene una altura fantástica.

La cocinera ha encontrado recursos inesperados, y nuestra cena será abundante, sin la repugnancia de una innoble suciedad y sobre todo sin los condimentos verbales del cura. El viejo palurdo no cenó al atardecer, pero nos acompañó para hacer indicaciones descorteses sobre nuestra manera de comer, nuestras maneras de hablar, la impiedad de nuestro país y su odio por Francia. Nos retiramos inmediatamente después de cenar, pero el insoportable charlatán continuó conversando con nuestros hombres hasta una hora intempestiva y cuando se decidió a ir a dormir, pasó la noche entera tosiendo con un estruendoso catarro, que desembarazará al año siguiente a Valdeón de este ruin hombre.

Ayer llovió; llueve esta mañana, después de largas deliberaciones, nos arriesgamos a visitar la garganta del Cares, río abajo de Caín. Esta garganta es como las otras cortaduras de la cadena, una barrera casi infranqueable, en todas partes donde el hombre no tiene paso hace una galería a través de la roca a golpes de mina. Es esta extraña configuración la que ha dejado en León los altos valles del Cares y del Sella, Valdeón y Sajambre, como territorios aislados por las escarpaduras de toda la comunicación con el litoral.

La tierra maldita no está comunicada con el mundo civilizado más que seis meses al año. La nieve corta el paso a la cadena cantábrica y hiela la garganta río arriba de Caín, este pueblo está perdido en su salvaje aislamiento, el correo — que por otra parte sólo llega con porteadores provisionales — hace ignorar a la pequeña república las revoluciones de España. En cuanto a la garganta río abajo es inútil describirla, es una grieta en la roca sobre la que trepa un camino de cabras (los carneros no pasan por allí) y que dominan las más altas torres del macizo, ya que Cerredo, el rey de los Picos de Europa, cae sobre este desfiladero grandioso. Seguimos durante una hora esta cornisa abrupta y presurosos por dejar la tierra maldita, más maldita que de costumbre en este brumoso día, regresamos al pueblo.

¡Que maravilloso cambio de decoración! Nuestro cura, que nos ha hecho servir al levantarse un excelente chocolate, nos ha preparado un buen desayuno, está de un humor encantador. Incluso nos presta su caballo para subir a Valdeón. No quiere recibir nada a cambio de esta “pobre” hospitalidad. Hacemos lo que se hace en casos parecidos en España y le pedimos una serie de misas por el alma de todos nosotros. El buen hombre, que al parecer raramente dice misa entre semana, nos mira malignamente, calcula el precio de nuestras misas, se aguanta, cuenta con sus dedos y nos pide 7,5 francos por nuestros gastos. ¡Y que esfuerzo para hacerle devolver diez céntimos de las ocho “*pesetas*” que van a parar a una bolsa enorme, un verdadero tesoro de doblones fruto de sesenta años de economía! El hecho es raro en España donde el cura, generalmente pobre, recibe de buena gana al viajero sin abrigo, y hay que ir a la tierra maldita para encontrar el ejemplo de lo contrario. Tendremos una nueva prueba tres horas más tarde. Estas tres horas nos van a conducir muy lejos de Caín, del que huimos con la prisa del hermano de Abel expulsado por su padre. El mismo camino que la víspera hasta el pié del Asotín, después mamelones ondulados que se ensanchan hasta el límite extremo de la cadena.<sup>5</sup>



VILLAGE DU VALDEÓN. — D'ESSON S.A. PARIS, GRAVÉ PAR DEYON.

La meseta de Valdeón tiene casi la misma frescura que la Liébana aunque más altura. Anchos caminos la atraviesan en todos los sentidos, bonitos carros tallados la recorren, la población es alegre, parece contenta y vive bien, a pesar de la ausencia de cualquier médico en un número indeterminado de leguas a la redonda, y la ronda se hace entre montañas elevadas.

Una docena de aldeas forman el municipio, la pequeña oficina postal está en el pueblo llamado Posada, porque tiene un albergue. Esta "Posada" era nuestra esperanza de dejar la tierra maldita, volvemos por fin al consolador correo y a la abundante hospitalidad. ¡Triste ilusión! La oficina postal no tiene cartas para nosotros y el hotel no tiene más que una mala habitación con una única cama. El estiércol se pudre en la esquina del patio y bajo una galería húmeda. Una loca mujer

deambula por la habitación desierta. No hay más que una salida ¿a dónde? La casa parroquial de Caín nos fue nefasta, ¿lo será también la de Soto? Es la residencia del párroco de Valdeón. Probamos suerte. Y en el camino fangoso y pedregoso, donde los carros chapotean entre campos donde los patanes están trabajando, llegamos a la casa parroquial de Soto. La casa es grande, una puerta de cochera se levanta sobre el umbral de un amplio patio, nos recibe un criado que informa al cura. Es un hombre alto, moreno, de dulce figura, el más acogedor del mundo, se nos abren todas las puertas, todo el personal está a nuestras órdenes las comidas serán excelentes y su complacencia no tendrá límites.

Y siendo noche cerrada íbamos a cenar, cuando el cartero de Posada aparece con nuestro correo. Nuestros nombres eran desconocidos, la correspondencia se había olvidado en un bolso del pastor-cartero, que volvió cuando guardo el rebaño en la montaña. A su vuelta le dijeron que unas gentes habían pedido carta de Francia ,...y el llevaba las cartas en el bolso, a la vuelta de la ascensión “vacía el bolso”. A la cocina limpia y brillante amueblada con dos típicos bancos de roble alrededor del fuego, viene mucha gente. Nosotros ocupamos un banco, el público ocupa el otro y el excelente cura se sienta en medio a caballo sobre una silla frente al fuego. Los concurrentes nos miran de reojo con curiosidad de feria; jamás se han visto franceses en Valdeón, jamás escucharon hablar francés. Debemos conversar entre nosotros en nuestra lengua, con gran alegría de nuestro anfitrión y sus invitados que se turnan sobre el famoso banco para tomar parte en esta ingenua fiesta.

De Valdeón al Sajambre, el camino serpentea entre los verdes mamelones de la cordillera cantábrica, parece el país vasco: bosques, hierba, brezos, cimas redondeadas o jorobadas, afloramientos de agua erosionando la pizarra, arcillas rojas desnudas, un buen olor a montaña y ruido por todas partes. En un lugar de Soto, sobre el largo camino de suave pendiente que remontamos con el caballo del cura, su criado, nuestro guía del pueblo y el fiel Tonio, sale del monte un gran rumor, es un descenso “vernal”%, un campamento de verano que abandona un grupo agitado de hombres, mujeres y bueyes, que salen de la espesura e invaden el camino con alboroto. Más lejos carros, esos bonitos carros asturianos de Valdeón con llantas góticas, nos cruzan rechinando y traqueteando. Después el camino gira a la izquierda en dirección del Pontón, y a la derecha se eleva una senda escarpada debajo de bosques hasta “Pan de Ruedas”, abierto en el ramal de enlace entre la cumbre de los Pirineos y Peña Bermeja. Hay una insoportable niebla, nuestras barbas gotean y tenemos prisa por dejar el fresco claro que forma el collado. El criado nos deja el caballo.



CHARRIOT ASTURIEN<sup>1</sup> (PAGE III).

Sobre la vertiente occidental las nieblas se desgarran y un cresta inmensa, uno de los Picos de Europa, aparece entre los claros, poco a poco la luz invade el valle, un circo maravilloso de gracia, de color y encuadre, todos los tipos de montañas, de praderas regadas, de bosquecillos en las tierras cultivadas, de bosques o rocas en las alturas, de gargantas sombrías por aquí, rocosas por allá, un país acaso más pintoresco que la Liébana y Valdeón. Es el Sajambre. Nos cruzamos con el correo

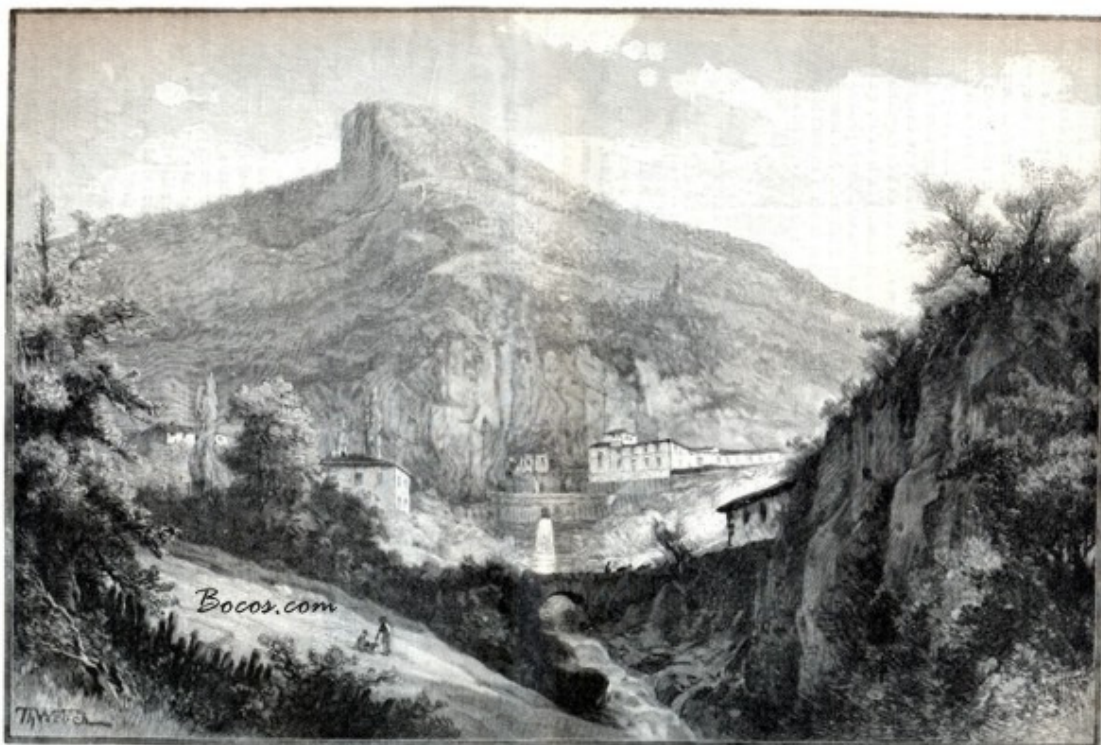
montado sobre su mula, con su saco de cuero cerrado con llave. Al frente suben las revueltas de la carretera del Pontón, donde trabajan obreros y hacen voladuras. Una cornisa en un primer afloramiento calcáreo nos deja ver Oseja, el principal pueblo del Valle. Nos cruzamos con un asturiano con su mula cargada. Las gentes de su raza tienen elegantes vestidos, los calzones cortos, la camisa amarilla y el chaleco con mangas.

Atravesamos Oseja. ¿Dónde está la carretera? ¡Oh! ¡La extraña historia de esta carretera! No nos ha sido posible saber si existe o existió. Nos dicen que estaba terminada hasta Ribota, la aldea más baja de Sajambre. Pero algunos dicen que falta un puente. Sin embargo el Sr. De Olavaria y un coche de alquiler deben transportarnos a Ribota u otro lugar, allá donde la carretera esté hecha, lo que no es fácil de aclarar, y que incluso las gentes de Sajambre parecen ignorar completamente. Atravesando Oseja, tenemos el temor de que al llegar a Ribota no haya carretera, los naturales nos informan que está a algunos pasos, información diferente de todas las demás, pero que extraordinariamente resulta exacta. A una corta distancia del pueblo se abre como una boca estrecha entre enormes rocas, la garganta del Sella. Allá, cerrada por una barrera, justo en el punto donde termina la escarpadura y comienza la tierra fértil aparece una carretera magnífica. La carretera está allí pero no el coche.

Algunos cuartos de hora más tarde, se escuchan ruidos de cascabeles; es nuestro coche, siempre retrasado, según la costumbre. Descendemos a buen trote hasta una caseta de camineros colocada en el precipicio, a unos treinta metros por encima del camino, es la única habitación en una gran distancia. Los camineros son buena gente. Sus mujeres y sus hijos nos rodean y preparan un rústico desayuno, aumentado con alimentos importados. Nos hacen admirar su pequeño jardín, ganado a las piedras, el esplendor de la garganta que domina su terraza; nos cuentan la verdadera historia de la carretera del Sella: se terminó sobre la parte de Oviedo hace cinco años; hacía veinte años que se trabajaba en ella. Están en su puesto desde el día de la apertura, lo cual es una manera de hablar, pues hasta ahora nadie ha pasado más que los peatones y las caballerías. Los camineros estaban allí pero no faltaba un puente, faltaban cuatro. Mientras tanto las tierras de sostenimiento se derrumban y los escasos viajeros atraviesan el Sella sobre pasarelas provisionales puestas durante los trabajos y ya ruinosas.

Antes de que la carretera existiera, ni las mismas cabras podían subir por el desfiladero. Estos valientes "*peones camineros*" mueven la cabeza cuando preguntamos cuanto llevara terminarla de punta a punta. Ellos responden interrogándose, con su causticidad asturiana: "en la parte nuestra toma tiempo hacer los puentes, porque hay agua; pero en la de León hay ventaja porque allí no la hay". Se comprende por ello el retraso. Estos puentes son admirables obras de arte, uno sobre todo, levantado a una altura soberbia, de una orilla del Sella a la otra. A partir de Ribota hasta Sames, a una legua de Cangas de Onís, la carretera es una maravilla. Se infiltra en una grieta, tan encajonada que en algunos puntos todo se encaja en el túnel, la carretera, y el río. En algunos lugares, el camino se hunde dentro de galerías. Algunas praderas están colgadas sobre las pendientes abruptas; miserables cabañas humean en la ladera. Y arriba, completamente arriba, tan alto que sería necesario tumbarse sobre un colchón para gozar del espectáculo sin torcerse el cuello, crestas en agujas y encajes se erizan, con formas inesperadas, variando en cada recodo, deprimiéndose en cada ángulo, coloreándose a cada rayo de sol. El torrente rumorea en las cascadas, se revuelve en su lecho rugoso, hecho de pozas verdes, de remolinos blancos, de saltos como olas. Las horas suceden a las horas, y esta clase de visión fantástica acaba por cansar. A fuerza de levantar la cabeza, los ojos y el espíritu se enturbian y se ve moverse a las rocas, altas como una media legua y colocadas de frente, mirándonos con sus máscaras vivientes, como esas estatuas antiguas que se alinean sobre los palacios de Susiana.

Paul Labrousche y el Conde de Saint-Saud



COVADONGA (PAGE 112). — DESSIN DE WEBER, GRAVÉ PAR BUFFE.

#### IV

### EL MACIZO DE COVADONGA

**El lago Enol.- Alrededor de la Peña Santa.- La senda del Cares.**

**(18-22 septiembre 1891)**

Se sabe que Cangas de Onís, la antigua capital de todas las Españas, que entonces se reducía a la España asturiana, tiene un viejo puente del cual el más alto de sus tres arcos se eleva unos veinte metros, un hotel donde hay festín, y que los habitantes tienen mucha menos prisa de la que tenían los compañeros de Pelayo. La salida de Cangas se parece a las demás, ya que tuvo lugar a una hora intempestiva, pero nuestro cochero no se parece a los otros, ya que tiene una joroba más anormal. Sus caballos marchan mal, y ya hace bastante calor cuando tomamos la carretera a Covadonga. Sobre todo el recorrido, las gentes van por el camino en grupos, vestidos de fiesta, apresurándose a Covadonga, la tierra santa donde van a rezar. En un último recodo de la carretera, a la derecha, sobre una terraza sostenida por muros, se levanta la gran catedral bizantina, donde trabaja un mundo de obreros. Una curva cerrada sube hasta la terraza, yendo a lo largo de la gruta sagrada donde el primer rey de Asturias, milagrosamente ayudado por una tormenta, aplastó a los sarracenos con un puñado de valientes. Los cirios arden, los fieles se arrodillan ante la verja, los canónigos pasean. Hay una atmósfera dulce de piedad patriótica, un concurrir de gentes de todas las clases, aportando el homenaje de su veneración a la antigua imagen de la Virgen de Pelayo.



LA GROTTTE DE COVADONGA \* (PAGE 112).

Pero tenemos de momento otras preocupaciones, pues vamos al descubrimiento al azar, basados en la fe sobre datos contradictorios y sin nadie para guiarnos en nuestro tanteo, hacia la enigmática montaña que vemos desde hace tiempo, que percibimos en Liordes, y nos aproximamos en Soto y que, a una distancia desconocida desde Covadonga, levanta la formidable roca llamada indistintamente *“la Peña Santa”*, *“la Torre Santa”* o *“el Manchón”*. Como en la Peña Vieja todo el mundo ha ido a la Peña Santa, es la cosa más normal, por tanto que se habla de ello abajo. El hotel de Covadonga, situado en una de las dependencias de la basílica, nos suministró distintas provisiones, diferentes del pan y el vino, comprados en Cangas (pagamos por ello 8 francos lo que es caro en el país del trigo y la viña).

Partimos con un calor sofocante y la subida es penosa, en una cañada descubierta a lo largo de grupas arboladas. Detrás de nosotros, el mar azul llega hasta el infinito, los barcos pasan. Encontramos un grupo animado, un mulo encapuchado, hombres con armas: cazadores de Cangas, conducidos por el conde del Valle del Sella que vienen de una batida al oso y traen una captura. El oso viene a horcadas sobre la mula cuyo olor a fiera le hace cocear, y nos cuesta trabajo fotografiar a la terca bestia. Una subida más y delante de nosotros redondea el único gran lago de los Picos de Europa, el lago Enol, en una cuenca que verdea, mostrando su amplio estanque de aguas claras, a más de mil metros de altura y frente al océano. Sobre un alto de la hondonada, medio hundida por el huracán se eleva una casa de canónigos. Toda una aldea de pastores de verano se oculta en una vertiente. Hay multitud de gente y ruido en este delicioso lugar, que el macizo de Peña Santa domina a lo lejos desde sus altas murallas, de un gris casi blanco moteado de nieves. El camino bastante rugoso sigue a lo largo de la orilla izquierda. Nuestros hombres sufren con la temperatura tórrida y murmuran de la carga que encuentran excesiva.



L'OURS TUÉ PAR LE COMTE<sup>1</sup> (PAGE 114).

Entre todas las incógnitas de esta aventurera expedición, no es la menor el descubrimiento de Pedro Cos. Éste Cos es un pastor, reputado cazador de rebecos, gran escalador de las rocas y el primer guía de la región. Los monteros nos dijeron que estaba en la batida del oso. Un grupo conversa al otro lado del lago ¿estará allí Cos? Es él mismo. Se hace un alto, se ofrecen cigarros, se tienen todos los miramientos del país del Cid y sobre todo se pierde todo el tiempo que se quiere. Cos es de los nuestros. Primer incidente: el guía de Covadonga declara que no está comprometido más que hasta el lago y que se vuelve. Le pagamos y se le despide. Cos y sus compañeros, entre ellos un buen mozo de nombre Blas, se reparten la caza. Prados verdes, macizos arbolados, valles sin salida, todo el relieve anormal de los Picos de Europa y nosotros siempre subiendo. Llegamos a una cabaña. Blas se para en ella. Pero promete unirse a nosotros mañana de madrugada, pues Cos, el famoso Cos acaba de reconocer que él jamás ha subido a la Peña Santa y afirma que Blas la conoce. Otra subida más por los pastos y estamos en la cabaña de Cos. ¿Iremos a dormir en una cueva de la cresta? Es muy tarde y la cabaña es demasiado pequeña para recibir nuestro convoy, lo mejor es ir a acampar una media hora más arriba, en una cabaña que los pastores han dejado hace tres días. Afortunada inspiración: la cabaña esta limpia y es amplia; las gentes cansadas pueden dormir allí y roncar a gusto. A los que les moleste el ruido tienen el recurso de dormir fuera.

Nos levantamos a las tres. Una luna resplandeciente brilla sobre el camino o más bien sobre los peñascos por los que subimos. Nuestra morada está sobre el último prado de pastos. Salvo algunos oasis a partir de ahora toda la región es un desierto de piedras durante seis meses y un campo de nieve durante los otros seis y este campo nunca se funde en los corredores sombríos.

Poco a poco el día palidece el océano brilla, las torres se colorean. En frente, sobre una de estas canales tan frecuentes en el macizo, donde una imaginación despierta vería por todas partes, en lugar de ruinas desmanteladas, una gigantesca fortaleza que se levanta con su torre del homenaje y sus matacanes, enrojecidos por el sol saliente.

Llegamos a la nieve, un largo nevero muy endurecido por la helada nocturna, por el que caminamos abriendo brecha. Nuestros hombres, cuyas sandalias no son adecuadas para la humedad, prefieren escalar por los malos peñascos. Un pequeño terreno cubierto de césped perdido arriba, que Cos nos había mostrado desde su cabaña, nos permite doblar la cresta y estamos sobre la vertiente meridional. Al suroeste comienzan a aparecer inmensas llanuras. El calor es pesado, bocanadas de viento tibio soplan a intervalos, y una voz nos llama. Es uno de esos intrépidos montañeros que cazan sobre las cumbres, se acuestan en las cuevas y viven de nada, tipos extraños, casi heroicos, hechos para recorrer un país de leyenda y para mantener la tradición de sus audaces antepasados. Este hombre atraviesa la cresta por encima de nosotros, sobre una pared erguida, saltando con sus albarcas y su fusil sobre el vacío con una agilidad maravillosa, sin dignarse a parar y disparando

luego sobre un rebeco que estaba cerca de nosotros. Nos anuncia la llegada de Blas que se ha encontrado o ha percibido con sus ojos de lince subiendo alguna cuesta.

Un collado se levanta a nuestra izquierda y unas murallas muy escarpadas encuadran un pequeño glaciar, aún más escarpado, que desciende. La nieve es tan mala que escalamos por el muro, con los pies, con las manos, marchando sobre los hombros de los guías o haciéndonos izar por ellos. En el collado Blas muestra su silueta negra en la horcadura azul. Nos juntamos y calzamos nuestras sandalias. Después de una pequeña subida pisamos una minúscula terraza cerrada por todas partes. Blas nos muestra una chimenea un poco vertical y nos anima a seguirle. Nuestra sabia resolución nos hace dudar. Intentamos por la roca; pero cae a plomada. Hacia delante, en la chimenea se abre el más horrible paso que se pueda imaginar, que atravesamos sin cuerda y sin escala. En un punto el pasillo avanza en promontorio y forma gruta: hay que dar un fantástico salto de tres metros; el primero que desciende sirve de apoyo a los otros, y toda la tropa se refugia bajo el peñasco, asistiendo a la caída rápida de los cuerpos sobre la cabeza. Salvado este mal paso, la pared es completamente lisa, lo que se hace habitual, y no teniendo miedo ni del vacío ni de los resbalones llegamos a la cumbre.



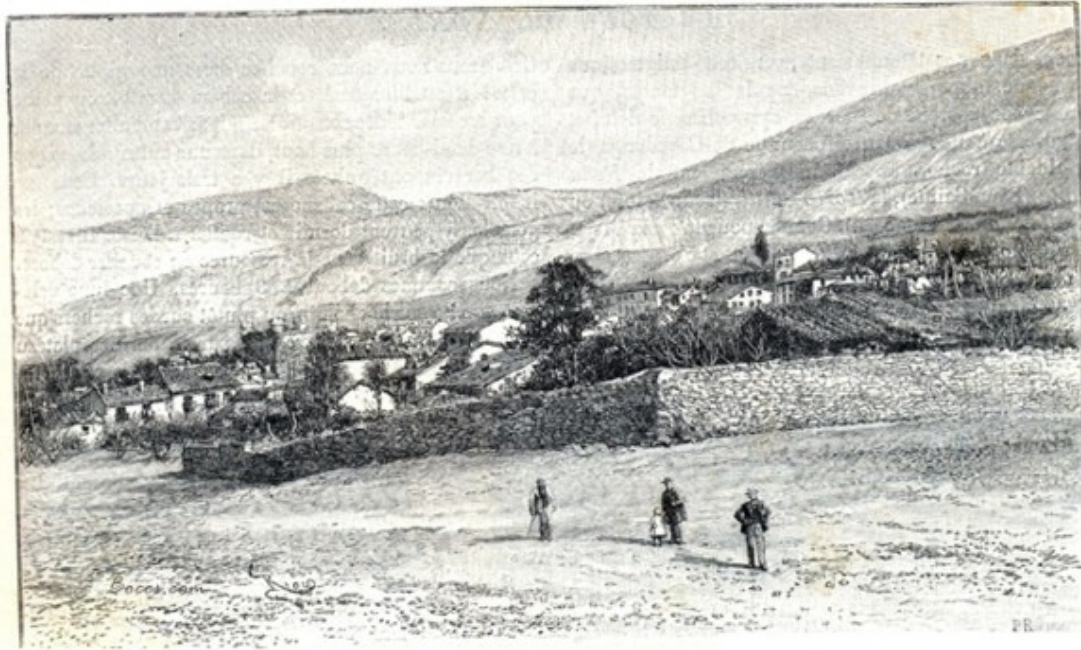
MAJIF CENTRAL, SUR PENTE DU SOMMET DE LA PEÑA SANTA D'ENOL (PAGE 113). — DESSIN DE TAYLOR, GRAVÉ PAR PRIVAT.

A menudo las apariencias engañan. Esta montaña que, desde el collado, nos parecía la más baja del grupo es la más alta. Blas nos cuenta que persiguiendo a un rebeco encontró este pasadizo, considerado inaccesible hasta hace poco tiempo, pero cuando al levantar la mirada hacia un segundo grupo de crestas nos damos cuenta que allí está el terrible *Manchón*, que nos provoca insolentemente con su gorro frigio, nuestra cólera es grande. ¡He aquí la Peña Santa, la que desde abajo todos dicen haber subido y a la que Blas dice que nadie irá jamás, la que se dice que tiene en su cima una fuente eterna en la que nadie puede beber! Nuestro guía no comprende esta búsqueda de lo imposible y afirma que la cima que pisamos, una cima virgen, también se llama igualmente la Peña Santa. La afirmación se justifica por el hecho de que es la montaña que mejor se ve desde toda la región de Cangas y del Enol, desde donde la torre Santa de Castilla no es visible. nosotros la llamaremos la Peña Santa del Enol. ¡Que vista y que inmensidad alrededor de nosotros! Es la visión azul, la visión sin mancha de niebla que hasta ahora no habíamos visto. La blanca línea de arena allá donde hay playas, el borde de los acantilados allá donde la roca cae en el agua profunda, a los largo

de los cinco países del litoral: Galicia, Asturias, Vizcaya, Guipúzcoa y tal vez el Labour. La tierra de Francia que se pierde en una sombra difuminada por la extremada distancia. En el medio está Castilla, llana hasta el infinito, al oeste de los mamelones extendidos igualmente hasta el infinito, al este el amontonamiento ciclópeo del gran macizo central, con las dos torres soberbiamente desdeñosas de Cerredo y de Llambrión.

El descenso es duro, para evitar la chimenea y atajar por la vertiente norte tomamos una pared que cae a pico sobre un glaciar. ¿De que manera nuestros hombres se han turnado para hacernos estribos con las manos? ¿Misterio de equilibrio imposible de adivinar? Marchamos horas y horas a través de la nieve, donde resbalamos, las rocas donde se hieren nuestros pies, los embudos donde un falso paso quebraría nuestras piernas. Una fuente que desaparece a unos metros de su nacimiento apaga nuestra ardiente sed. Hemos llegado al campamento de noche. Después de un momento nuestros hombres tienen un largo conciliábulo y fraguan un complot. El complot es muy sencillo: los pastores quieren abandonarnos con armas y bagajes. En casos parecidos, lo mejor es jugar con audacia, y nosotros lo practicamos, interpelamos bruscamente a Cos y a Blas que se reconocen culpables. Entonces todo es sencillo, les anunciamos que teniendo una orden de protección de la comandancia general de la guardia civil – lo que era verdad – les haremos encerrar al día siguiente. Los hombres no eran malas gentes, pero sus carneros les preocupaban más que nuestras personas. Nuestra decisión les sorprende, se ponen de acuerdo y al llegar delante de la cabaña de Cos nos ofrecen a un joven para guiarnos hasta Covadonga. Acabamos el asunto rápidamente y nos separamos como amigos después de la tormenta. Y entonces reemprendemos el agotador descenso en una atmósfera caldeada... Por fin llegamos a Covadonga en plena noche, tropezando en los caminos llenos de guijarros, sin parar desde hace nueve largas horas y habiendo caminado seis por la montaña. La lección es dura y no se olvidará. El año próximo tendremos un guía francés, un campamento para dormir arriba, cuerdas para pasar las rocas y víveres para sobrevivir en las hoyas secas del gran desierto.

Al día siguiente en coche vamos de Covadonga a Carreña. Se trata de alquilar caballos de monta; el albergue está lleno de ociosos que se mezclan en nuestros asuntos y revuelven nuestros objetos. Bajo el aguacero no sabemos por donde empezar, si entre Macario, el cochero que nos apea, el establecimiento lleno de gente y un patrón que tiene el tiempo que nosotros no tenemos. Los caballos no llegan jamás. Gritamos, reclamamos, y sabemos que están... en la montaña, y que los tendremos al día siguiente. No hay mal que por bien no venga, pues la noche fue horrible; el astuto tendero, que nos olfateaba como clientes, se quedó con las ganas, ya que gracias a nuestras credenciales nos instalamos en casa del cirujano del lugar. Este excelente hombre nos trata extraordinariamente bien y por la mañana nos proporciona caballos bastante buenos. El Cares se encaja desde Arenas en un desfiladero abrupto rodeado de murallas. Al fondo, dominando la garganta, la peña Mellera alza su pico puntiagudo. En Miers se abre el claro por el que vadeamos el río, entonces Saint-Saud pudo, gracias a su *Kodak*, fotografiar a sus compañeros, que estaban como el a caballo en medio del torrente. Unos pasos más y estamos en la mina de Picayos, donde más tarde esperamos entretener a nuestros lectores, y donde nuestro digno amigo el Sr. De Olavaria preparó una fastuosa recepción, lo que nos hizo dejar su bonita casa, a nuestro pesar, reflejándose en las cristalinas aguas del Cares. En esta segunda expedición, preludio de una tercera campaña, más fecunda en resultados ya que aún teníamos tiempo, este sabio ingeniero fue tan generoso que no sabríamos encontrar la forma de mostrarle nuestra gratitud y que aun nos preguntamos lo que hubiera sucedido sin su preciosa guía. En la última vuelta al Cares todavía mirábamos hacia Picayos sintiendo que en lo sucesivo estaríamos solos y sin amigo, en nuestro viaje de ida y vuelta por la costa de España.



VUE DE POTES (PAGE 116).

## V

### La Liébana.— El Val de Coro.— La última ciudad.— Los Puertos de Áliva

(26-28 de julio de 1892)

Es la fiesta del pueblo de Piedras Luengas. En un prado al pie de un collado, bajo la mirada paternal del cura, todo el mundo baila. ¿Pasará un coche español delante del baile sin mezclarse? No ni por estás. El coche que nos precede se ha parado, nuestra diligencia le imita, de buen o mal grado. Pues ya todo un enjambre de alegres viajeros se mezclan en la fiesta y bailan el rústico baile, que dirige una orquesta primitiva. Seguimos también y bailamos con dos bonitas muchachas de Cervera que han charlado con los “ingleses” — que somos nosotros — desde el principio. El cochero llama; nosotros seguimos bailamos una jota o un fandango. Estamos en el tren o más bien fuera, pues el coche competidor se ha adelantado y todo el honor de la compañía está en juego. Nuestro cochero toma una heroica solución: fustiga y enfila. En presencia de este desastre nuestro entusiasmo se apaga. Escapamos del cura que nos saluda, de la orquesta que nos convida, de las bailarinas que nos reclaman; y saltando vallas y setos estamos con nuestras viajeras corriendo detrás del coche, tanto más presto a huir ya que está sin carga. ¡Extraño país esta España, donde la banalidad enfurruña por todas las partes, lo mismo en los ferrocarriles que en los coches públicos, allá donde todo es salvaje, feo y monótono! ¡La pintoresca locura de este “rigodón” de Piedras Luengas a 5.000 pies de altitud, al borde de un desfiladero salvaje y al pie de las últimas crestas peladas de la Meseta Castellana, en un prado raso, en medio de campesinos que no habían visto jamás a franceses y que interrumpían sus danzas para rodearnos! entre las casas atravesadas de la aldea

Pasamos la noche en Potes. Al partir al día siguiente, graciosas caras nos miran en la apacible calle de la capital de la Liébana; el viejo castillo de Potes cubre de hiedras su pesada torre cuadrada del homenaje, entre el entramado de casas de la aldea; un rayo de sol sale por alguna tronera. Los campos de trigo ondulan al viento. En frente rodeado de brumas se levanta la muralla del macizo de Ándara, alto y recto de 2.000 metros, dentando su cresta a plomo sobre el valle. Abajo árboles de todos los tipos, robles, olmos, hayas, retamas encuadran el camino, que no es practicable en coche nada más que hasta Camaleño, a dos leguas cortas de Potes. La senda sube rápidamente a través de

la garganta, que se cierra entre roqueros sombríos y praderas oscuras, haciendo codos imprevisibles, pasando sobre cornisas cubiertas de musgo dejando ver soto bosques tupidos donde pastan gordos animales. Por todas partes hay la agradable exhalación de los territorios que tienen buenas aguas, el aire de la montaña, una mezcla de perfumes de flores, olor de árboles, aroma de heno. Desde lo alto de una cuesta perdida en la enramada, a veces una aldea, como las Ilces, deja ver sus tejas rojas y su campanario achatado. El camino sube o baja, en la fresca cañada cruza un puente bordeado de limpios pilones, donde el torrente hace remolinos, con reflejos cobrizos, que sueltan un penacho de lluvia en polvo que se irisa al sol.



Por otra parte el sol lo llena todo en esta mañana pura; esta en las aguas, en las hierbas, en las hojas, al fondo del valle; está en la pared calcárea que orla de blanco el tapiz verde de la alta Liébana, — de un blanco tan mate en los días bonitos que la fotografía les da tintes de nieve — ; está en las faldas rojas, amarillas o azules de las muchachas que trabajan en los campos e interrumpen su tarea, sobre el terreno orientado al mediodía e inclinado a la luz, para con sus grandes ojos negros mirar a estos desconocidos y su caravana de equipaje; esta en nuestros caballos que tienen por sillas albardas de piel de carnero, con suaves rizos, y por bridas roncales de cuerdas, dejando al animal relinchar libremente, mordisquear el tomillo y abrevar en los vados donde las piernas les tiritan en el agua clara.

En un último recodo del camino está Espinama, acurrucada en sus praderas y bosques, al pie de un gran pico calcáreo cortado en dientes de sierra, la Peña de Val de Coro. La aldea se extiende por la pendiente, sobre la margen izquierda del Deva, estamos en país amigo. Tan pronto como aparecemos sobre la loma se produce movimiento entre la espesura, son gentes que nos acechan y nos acogen. Un primer emisario nos saluda en lo alto de la cuesta. Más abajo el Sr. De Olavaria nos recibe con su administrador. Ha bajado de las minas de Liordes para darnos la bienvenida. Un poco más lejos nuestro guía del año pasado, Juan Suárez se nos echa en los brazos con efusión y rudamente nos abraza. Nuestro equipaje esparcido a todos los vientos, en los patios, por los graneros, son recogidos no sin trabajo y extendidos sobre el balcón. Pues hay un balcón en la casa de Celiz, un balcón emparrado, de madera tallada, orientado al bies hacia el mediodía, en frente de un tramo sinuoso del río que discurre sobre su lecho de gujarros, bajo una bóveda de arbustos entre praderas empinadas.

Nuestros “*equipajes*” se amontonan sobre la balaustrada, sobre la tarima, sobre las ventanas, entre la ropa puesta a secar, cuadernos de notas y sillas rotas. Alineamos, pesamos, recortamos, pegamos. Compraremos el pan y el vino en Áliva; mañana nos enviarán un cabrito entero; un paquete de reserva y cartas credenciales saldrá para Valdeón con un mensajero; mandamos a la mina a un cazador de Bulnes; las chuletas y los huevos se cocinan con sabia lentitud.

Nada falta y se puede partir. Nos dicen que los hombres están abajo. Falsa noticia; está el “*regidor*” con un prisionero y se nos pide que hagamos de intérpretes. Se abre la sala de justicia, no sobre el roble del rey Luis, sino en la habitación de adobe de nuestra posada. El prisionero es un francés, y su historia tan inverosímil que podría ser verdad. Embarcado en un barco, desembarcó en Lisboa donde trabajó, y después buscó volver a Francia, vagando por las costas de Portugal y Galicia. Tenía un pasaporte de indigente emitido por el gobernador de Oviedo, que le permitía ir de municipio en municipio hasta la frontera de Francia. En Cangas, en la cruce de caminos que salen en cinco sentidos divergentes, no encontró el bueno, y remontando el valle del Sella llegó a Liébana, no comprendiendo nada de estas montañas. Las gentes de Espinama aun entendieron menos este error y desconfían de su prisionero con tanto o más rigor que de los bandidos que vagan por los bosques y han robado algunos cepillos de las iglesias. La imaginación sigue su curso, la sesión se prolonga un poco. Como nuestro francés tiene muy mal aspecto, un gran mostacho para un marino y una historia muy romántica para nuestro fin de siglo, el juicio concluye devolviéndole a la guardia civil.

Encajonado entre dos muros calcáreos, el valle de Igüedri, que nos lleva a Áliva, refleja todos los calores de la canícula, y la velocidad del convoy está en razón inversa del tiempo que tardó en formarse. Nuestro grupo hace largas paradas bajo las hayas o los bojés de la senda escarpada, y nos deja caminar con comodidad acompañados de una horrible pastora, tan locuaz como sucia. A falta de pan buenas son tortas y tenemos paciencia hasta la llegada al puerto de Áliva. Manan las aguas transparentes, en un suelo fértil y con un humus profundo. Se sigue por el rellano de la escalada, y este extenso rellano aísla dos macizos inmensos que le bordean con sus muralla dentadas y sus formidables agujas. Al pie de estas escarpaduras se esconden las cabañas. Nuestra pastora nos muestra la suya, que humea en un repliegue herboso. La casita no es grande, y se necesita valor y sobre todo el sueño de los justos para que puedan dormir doce, un amontonamiento que debe someter a los habitantes a pruebas singulares.

Pero ahí está el camino de la mina que describe sus curvas sobre la vertiente. En la plataforma tenemos sombra; hace fresco. Nuestros hombres aceleran la marcha; pronto aparece la casa de las minas. Allí nos atienden; la cama “del rey” está preparada.



LE MASSIF DES ORBIELLOS, VUE PRISE DU GLACIER DE LAMBRION (PAGE 127).

## VI

### EL GRAN MACIZO

**La Torre de Cerredo. –La Torre del Lambrión.– En los hoyos.**

**(29 de julio – 1 de agosto 1892)**

Al día siguiente ascendió a la señal geodésica de Cortes; dos días después salida para el gran macizo por los caminos abiertos de Áliva, entre filas de mineros, curiosos de ver este convoy y sonriendo por nuestro atavío. Hace uno de esos días calurosos de España, y nuestros hombres sudan cruelmente bajo sus pesos mal atados, que crujen y se desarman a cada falso movimiento. Delante de nosotros se levanta la blanca muralla de la Peña Vieja, de aspecto salvaje, cayendo a pico sobre nosotros, sin un camino visible. Existe sin embargo una cornisa, pero tan estrecha que no pasan las mulas y que los hombres pasan deprisa, con miedo a la pared vertical tanto hacia abajo como hacia arriba. Sin embargo el rey pasó – no con gusto, cuenta la leyenda – y Alfonso XII le llevaban a hombros. Nuestro guía, Francisco Salles, llamado Bernat, traído por nosotros desde Gavarnié, con reflexión burlona, pone su huella de buen sentido montañero respondiendo a este hecho: “él era rey y fue llevado a este lugar; yo no soy más que un pobre diablo y llevo: pero él está muerto y yo estoy vivo”. El “*balcón*” al parecer pronto mejorará; ya que una nueva compañía comienza a explotar una mina más alta, y deberá limpiar un paso menos escabroso. Nosotros hemos franqueado la cornisa contra la cual se abre una galería, de acceso húmedo y peligroso, levantada completamente sobre el vacío y llegamos a la mina superior, la mina del Vidrio. Un simple peón la descubrió por azar hace unos meses, y la declaró al estado. Él encontró comprador por 15.000 francos. En medio de un muro de piedra seca que circunscribe su dominio, dirige los primeros trabajos de la explotación, donde se harán maravillas, hay que creerlo.

En lo más alto, en el collado de Santa Ana, un oyo profundo aparece delante de nosotros, en medio de piedras y neveros, un pequeño césped verdea entre los guijarros. Esta será nuestra primera morada en el desierto. No está tan solitario como parece, porque tenemos la compañía de un centenar de rebecos que retozan sobre la nieve; rara aventura en esta calma mortal donde no hay ni siquiera pájaros, un grito un sólo grito de hombre se oye de pronto, proviniendo del abismo. ¿Tal vez algún cazador, uno de los ladrones de Espinama, yo que se? Es el único ruido humano que escuchamos desde hace días y jamás encontraremos a su autor. Nuestros hombres en vano han mirado, escuchado, buscado. La misteriosa llamada quedó perdida y aislada en el eterno silencio de estas ruinas. Para el emplazamiento de la tienda elegimos “*el Olló de los Bouches*”. Que se monta en un abrir y cerrar de ojos, precioso abrigo. Y mientras que los hombres adormecidos roncan, después de haber arrimado los bultos, nos vamos a ver la montaña desde una de las terrazas de la plataforma.

Esta terraza da sobre un hoyo inferior, tristemente cerrado en su cubeta de piedra. Todo esta silencioso en este grave atardecer. Jirones de niebla rizan las cimas, rectas y peladas como a golpes de sierra. A la derecha, "el Naranjo de Bulnes" extiende su panza de globo que cae a plomo al vacío en todas las direcciones.

Al despertar hacemos un descubrimiento divertido. Falta alguien en la tienda que ha desaparecido con armas y bagajes, es Labrouche. Le buscamos en vano en el almacén de cosas disparatadas y amontonadas. Hay unos minutos de espera ¿Dónde habrá podido ir con su cama de piel de carnero? Organizamos una expedición... Y le encontramos durmiendo sobre la hierba helada. El pobre diablo se refugió sobre el helado terreno para huir de los funestos ronquidos. Pronto se levanta y en unos instantes todo el mundo está en movimiento. Gaietano y Bernardo, nuestros porteadores, vuelven a Áliva, de donde traerán el resto de la carga; Francisco y Juan van con los viajeros a la conquista del Cerredo. Confiamos la guardia del campamento a los rebecos. Descender el hoyo vecino y remontar la pared a la izquierda a través de las piedras y las nieves que se disputan estas alturas, no en más que un juego, y el collado está muy próximo. ¿Pero a dónde va este collado inferior de Arenizas? Los abismos se abren en una desconocida cadena de cordales. Donde no vemos más que azul en el cielo, rosa en las torres iluminadas, gris perla en las otras; las ásperas crestas de hielo destacan en la serenidad del día. Esta naturaleza ruda se alegra con la luz y canta al sol en su melancólico recogimiento.



MASSIF DU LLAMBRION  
vu de la Torre Bermeja

De pronto, mientras miramos esta tierra misteriosa desde el collado, Francisco suelta un fuerte juramento y estremecido sobre su fuerte complexión, como picado por un aguijón, acaba de reconocer que estamos sobre una pista falsa. Aquí está corriendo como un diablillo al otro collado de enfrente, haciéndonos a continuación signos para alcanzarle, tarea muy fácil al lado de las otras. El soberbio Cerredo está muy lejos todavía y tenemos que seguir paredes desgarradas y escabrosas para alcanzar la base. Esta gimnasia es dura. Vamos a acampar sobre una cima próxima, donde tomamos visuales angulares. Las malditas nieblas juegan todavía en el admirable círculo de montañas que dominamos. En frente se alza Cerredo, con sus piedras como personajes vivos, imitando bajorrelieves de todos los tipos, gesticulando en todos los sentidos, representando las escenas más extrañas, un obispo al lado de un caballo, o un elefante junto a una máscara antigua. Francisco rebusca en la roca para encontrar un paso. Hace tiempo que partió, y comenzamos a creerle vencido, cuando su silueta grande como un muñeco caído de un asteroide, surgió sobre la espalda vertical de la montaña. Acogemos su aparición con hurras. A la manera Barégeois, Bernat ha encontrado el camino del rey de los Picos de Europa. Enseguida le alcanzamos, y él nos hace los

hombres honores de su hallazgo, que las amenazantes nieblas nos lo habían hecho aparecer sino imposible, al menos peligroso en esta hora tardía. mal que bien nos izan con cuerdas en estas paredes escarpadas.

No hacemos más que tocar la cumbre sobre la gran torre (2.642 metros), y descendemos primero con la cuerda, después a la carrera, para alcanzar nuestro camino de la mañana que atajamos evitando las cornisas de Arenizas. ¡Al galope en el collado! ¡al galope al fondo del hoyo! La noche avanza; remontamos una pared ¿Dónde podemos estar? ¡Perdidos, totalmente perdidos en la niebla espesa y fría, perdidos a pesar de nuestras brújulas, nuestros guías y nuestro talento! ¡Fue bastante vergonzosa la carrera a través del crepúsculo helado, Francisco arrancándose los pelos y Juan masticando su pipa encendida! Corren de un lado para otro, nos congelamos con filosofía, nuestros hombres llaman — ¡voz que clama en el desierto!

Finalmente, después de una lamentable espera, encontramos nuestro camino de la mañana; descendemos, subimos; y no sin una marcha bastante larga todavía, alcanzamos el deseado campamento. Pero está solo, completamente solo, hondeando su lona húmeda sobre las piedras rezumantes. Nuestros porteadores no han regresado. Entonces comienzan las dudas en la negra noche. Durante largo tiempo nadie responde; luego del hoyo profundo sale un grito que quebranta la roca; después otro; y al fin llega nuestra gente, abrumados por la fatiga, y su carga aligerada, ya que han sucedido en la ruta incidentes extraordinarios. Hemos causado daños inesperados en la cama real de hierro de Áliva y la extraña repercusión de estos daños es la pérdida, ante nuestro inmenso furor, de diez litros de vino que la cama sedienta, parece ser que ha absorbido entre sus ancaladuras.

Esta mañana hay un gran movimiento. Nuestra casa va a cambiar de lugar y a plantarse al lado de algunos cordales, al pie del glaciar del Llambrión. Muchas horas más tarde, sobre un emplazamiento detestable, se levanta de nuevo la tienda. El viento del mar trae nieblas espesas; comienza a lloviznar y nuestro final de jornada se anuncia malo. Pero nuestros hombres tienen recursos para matar el tiempo y el aburrimiento. Han recogido líquenes en las piedras y han hecho fuego sobre una colina próxima. Nos sentamos en medio de ellos, alrededor del brasero que la lluvia glacial hace chisporrotear. El humo pasa pesado, a través de las nubes pesadas, chocando contra ellas y mezclándose. Allí, acurrucados en círculo, cantamos las canciones de Francia, las de los bajos Pirineos; nuestros hombres cantan las de su país asturiano. Perdidos a 2.400 metros en este húmedo paisaje donde los vientos se tragan los vapores y hacen castañetear la tela de nuestro abrigo, este concierto tiene algo de inmensamente dulce. En esta soledad desesperante del desierto es un estallido vida, en el que se da libre acceso a la poesía rústica, en despecho de las inconveniencias de la naturaleza.

A la mañana siguiente remontamos el gran glaciar de Llambrión, la larga ladera de nieve nos trasporta a la cresta, no sin que crueles aprensiones vengan a enturbiar nuestra última etapa. Desde la mar locas nieblas llegan a oleadas espesándose. Mientras tanto hemos trepado por las rocas hasta un punto donde sentimos el vacío por todas partes; precipicios, donde las nieblas nos ocultan el fondo, se entreabren bajo la estrecha cornisa en que nos hemos refugiado. Francisco ha ido a la descubierta y declara que la cima está muy lejos aún y puede ser inaccesible, ya que las paredes son muy empinadas. Bernard uno de nuestros guías parece sorprendido de ver que queremos más. Este hombre es buen montañero, pero como todos los cazadores, su noción de las cimas se reduce a la de los puestos de caza; la cumbre les es tan indiferente como para nosotros es deseada. Hemos protestado mil veces, protestamos, protestaremos. Trabajos y palabras perdidas. Nuestro grupo está triste, azotado por las nubes malsanas que vienen del golfo, entre un español que inclina la cabeza a nuestros reproches y un francés que mueve la suya ¡no sabiendo que hacer!

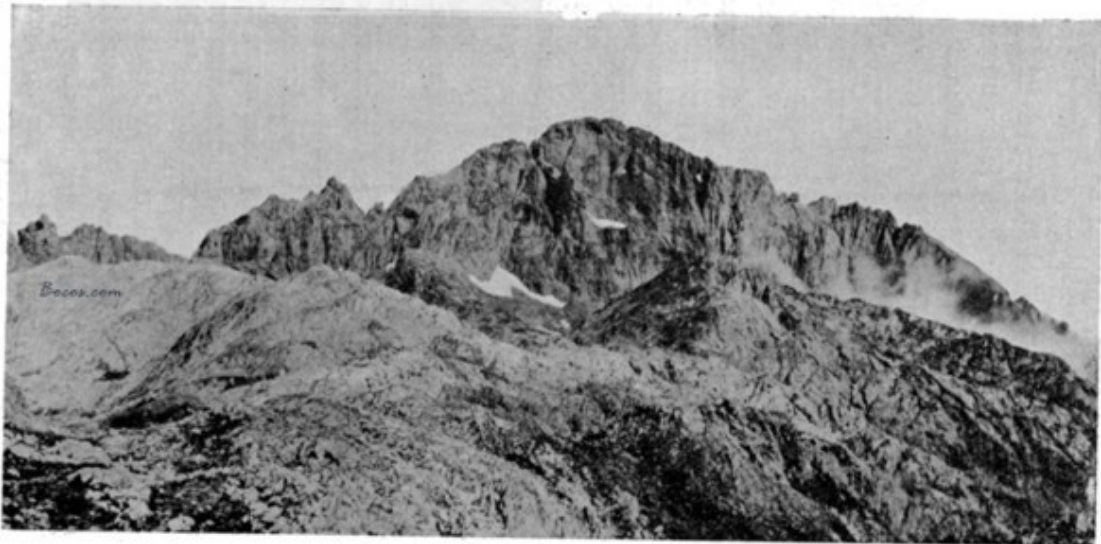
Hay que descender, faltan víveres. La opinión es unánime con la excepción de un sólo opositor: Labrouche, un hombre nacido en la playa, ha sentido el olor salino de las brumas, escuchado el ruido del viento y valorado su fuerza por los remolinos que hacen los vapores. Son las siete. Pide tres horas de gracia: “es la calma de la marea; hacia las diez todo se habrá aclarado, o yo me

engaño”. Discutimos, votamos y gana el sí. La espera será larga y desolada, en este peligroso nido de águila.

A las nueve y tres cuartos un gran agujero azul se abre en el cielo y a las diez se rompen las últimas nieblas. La gente aclama al hechicero y el valor vuelve a todos. Francisco parte descalzo por la inverosímil cornisa que hay que seguir. Se prepara la cuerda; dejamos lo que no es indispensable; el resto se transporta con infinitas precauciones. El paso es tan estrecho que un gato tendría dificultades de equilibrio, y el vacío, un vacío horroroso se abre por debajo, sobre rocas pulidas donde las pequeñas piedras ruedan como sobre el mármol. Más allá hay una muralla sin salida, casi con caída a plomo. Nos izamos, izamos una parte de los instrumentos, izamos todo con la cuerda, también los prismáticos. Estamos sobre la última cima y ponemos el pie sobre la Torre del Llambrión (2.639 metros).

De pronto baja la niebla, las crestas se aclaran, la vista azul del mar se extiende más allá de la línea blanca de nubes. Sólo la Peña Santa, con su extraña envoltura, atrae a las incansables nubes que la envuelven como un corsé y la enlazan bailando una farándula rosa. Los circos majestuosos del macizo central se alargan en todos los sentidos con sus festones desgredados, sus anchas lenguas de nieve, Santa Ana, Cerredo, Orriellos, donde se juntan las tres provincias, y otros picos que salen de la mar de aborregadas nieblas. Saint-Saud visa con sus instrumentos los gigantes amontonados, las torres en caída vertical, los balones cuya ancha panza sale de una base asfixiante, como el busto de una bella mujer.

Pero tenemos que partir, y Francisco se niega a pasar por el mismo camino. Ha encontrado, dice él, una gran ruta. Imaginad un muro completamente vertical, apuntalado por un segundo muro que es casi igual y forma un espolón sobre el glacial. Entre los dos muros un agujero estrecho que bien puede tener treinta metros de caída vertical: he ahí la calzada. Bernardo descendió con la cuerda por nuestro camino de ascenso, apurado tomó nuestro equipaje y llega siguiendo la cima de la grieta hasta el pie de la canal, maravillosa habilidad, no usando ni piolet ni piquetas, marchando con sus albarcas sobre el extremo biselado y equilibrándose no se sabe como. Ya está abajo y nosotros descendemos con la cuerda por el precipicio. Francisco en pie sobre la primera muralla y largando la amarra a medida que nosotros rodamos en el vacío. La cuerda es demasiado corta y nos quedamos en la grieta, donde nos resguardamos como podemos del hielo. Nuestro guía tira la cuerda y desciende a su vez ¿Cómo? Misterio. Siempre es el que está ahí, entero, sin desolladuras, confiado de su hazaña. Calzamos los zapatos; la nieve está blanda; el descenso agradable, y pronto alcanzamos nuestro campamento, después de resbalones fáciles no sin que uno de nosotros encuentre el medio, bajo el pretexto de acortar el trayecto, de casi romperse el cuello en una inofensiva muralla.



PEÑA SANTA DE CASTILLA  
(versant méridional)

## CAPÍTULO VII

### PEÑA SANTA Y ESPIGÜETE

#### La cresta el perro.— el Cervino de Asturias.— en las Sierras

Después de una triste noche en el ruinoso “*casetón de Liorde*”, partimos hacia Soto. “*la Vega*” de Soto es fresca y fértil; hay arroyos que afloran y desaparecen y yeguas bayas o blancas que brincan en la hierba espesa. Una corta subida nos lleva a una de las tres brechas que dan acceso al circo, el Collado de Remoña. Una canal rodeada de muros por la que desciende en zigzag un camino rudo y pedregoso, conduce de repente sobre la cadena Cantábrica. El contraste es aquí más extraordinario que en ninguna parte. Súbitamente de una calle de gigantes se sale sobre una campiña verde, sin transición. La muralla se hunde en el suelo de esquistos, sin dejar nada de ella más allá del bastión que forma. Sólo hay crestas amarillentas de brezo, las flores son otras; otras las aguas, otras las tierras, otros los colores; hay árboles. El sendero apenas sube, atraviesa un collado deprimido y estamos en Valdeón. El siempre amable país que os recibe bien. En los anchos caminos los carros tallados ruedan con su carga de heno. Las casas muestran sus grandes tejados, sus pórticos esculpidos, sus graneros al aire. En un campo un muchacho se destaca y nos saluda corriendo con sus zuecos puntiagudos. Es Manuel, nuestro guía de la Peña Bermeja. Más lejos el excelente cura de Soto, Don Benito del Blanco, nos atiende delante de su puerta.



El alojamiento es bueno y la velada se anuncia en calma ¡Extraña ilusión de nuestros sentidos! Nuestros españoles enviados a explorar están completamente pesimistas; nadie quiere alojar a Francisco; que está fuera de si y muy fatigado; la marcha hacia la Peña Santa está erizada de obstáculos: no hay caballos, el guía esperado no llega. Por fin llega; se llama Vicentón y elogia en voz alta sus grandes hazañas, declarando que la ascensión es imposible. Nos quedamos con su burra. El bullicio de este atardecer acaba por ponernos de buen humor, y hacemos una llamada golpeando el cubrefuegos de hierro, después de otra parada en la cocina, donde recibimos numerosas visitas de los vecinos, enviando al diablo lo que se puede enviar y el resto no importa.

Todo está luminoso hoy. La Torre de Cerredo, sobre el gran macizo pone en el azul del cielo sus rocas agudas; al fondo se alinean los glaciares que la lejanía reduce a charcos. El camino es conocido porque es el mismo de la Peña Bermeja que seguimos en 1891. Nos topamos con los pastores de Extremadura que vienen de engordar los ricos rebaños de merinas en estos pastos. Estos pastores tienen un vestido fantástico. Una casaca de piel de rebeco abrochada al costado y adornada de cintas les moldea el busto. Las polainas de piel de carnero protegen sus piernas. La leche de cabra que tienen exquisita y son buenas gentes.

Les dejamos a disgusto y más a disgusto nos juntamos con uno de los rebaños. Las bonitas bestias pasan a nuestro alrededor en fila india, sobre uno de los estrechos senderos de la cornisa, y nos acribillan con pequeñas piedras, que caen como lluvia. La borrica ha dejado por el momento de trotar y doblamos el recodo aprisa. El sendero se estrecha y el animal flaquea; los golpes llueven; no puede más y la subida se hace terrible. Dios mío ¿que hacer? El procedimiento es simple y Vicentón en esto sobresale: pegar, siempre pegar, pegar más y cuando esto no resulta empujar, empujar por delante, empujar por detrás, del hocico, de la grupa. ¡Que método extraordinario! Vicentón tira, Francisco tira, y nosotros sujetamos la cola para impedir que el animal se tumbe, procedimiento que no resulta más que a medias o más bien que empleamos demasiado tarde, ya que hay una voltereta

general y tenemos que descargar totalmente. Al fin, después de esfuerzos desmesurados, un número incalculable de garrotazos y empujones, de pérdida de tiempo sin fin llegamos a la cima “*del Perro*”.

Algunas nieblas se han levantado durante la subida, pero en el collado todo está azul, brillante; el mar centellea al fondo; las nieves están radiantes, las nieblas se hunden en los llanos. Es precisa una parada después de tanto trabajo, sobre el camino de Peña Santa: línea de rocas lisas donde se percibe con buena voluntad una traza más lisa que el resto, subidas, descensos a pico, una senda al fin donde se puede suponer que las cabras pasan, pero donde los burros cargados no pasan más que en Asturias. Al fin una meseta donde hay una fuente y una pradera. Son las tres. La tienda ya está preparada. Se cocina para los hombres que van a partir a explorar y el resto del día se pasa mirando a las musarañas.

La lucha de las nieblas y el viento es muy curiosa. El viento del norte ha cazado las nubes al sureste de los picos y las nubes quieren volver al norte. Llegan rápidas, apretadas, empujándose, y a penas no han alcanzado la cresta cuando la brisa las disipa, las trastorna en un combate continuo. ¡Que encanto exquisito vivir solo, así, completamente solo, en una tierra extranjera, en el desierto, sin armas y a la aventura, a media legua de altura, entre peñascos y mares inmensos, uno es el océano, el otro la niebla; permanecer aquí algunas horas, vivir por turnos la vida del bruto y la del soñador; cocinar buenas cosas para el animal y enseguida dejar que los ojos y el espíritu contemplen la naturaleza sublime, en el piadoso recogimiento de su grandeza! Allá sobre un áspero pico que domina el campamento hay que ver la puesta del sol. Con el frescor del crepúsculo las nieblas condensadas bajan a las llanuras. Algunas crestas de montañas muy alejadas, surgen por encima, en la atmósfera clara hasta los fondos de Galicia, como ballenas azules jugando en la mar blanca. Y estos azules se van degradando y vetas coloreadas corren a través de sus masas...

Cuando el sol cae detrás de una de las torres de Peña Santa, cerca de un peñasco que tiene forma de capilla con su torrecilla, en las oleadas de nubes, de las que sobresalen los islotes, hubo como un estremecimiento y como un abrazo. Parecía que había un contacto amoroso entre el sol que enrojecía más abajo y el mar que jadeaba. Y al otro lado la verdadera mar, la mar recortada de la costa cantábrica palideciendo, confundiendo el azul perdido de su último horizonte con el azul perdido del cielo ...

“No es muy bonito, dijo Francisco ayer a la vuelta de su reconocimiento, esto no es muy bonito, repite esta mañana, moviendo la cabeza —¿Qué pasa? — Veréis un muro, un gran muro, donde es necesario izarse siempre en el vacío. Vicentón se negó a seguir; yo mismo he reulado en un determinado momento”. Y de hecho, los pobres diablos estaban muy cansados descendiendo de estas rocas feroces. A las seis de la mañana partimos a un ritmo endemoniado. Parece que la muralla de la Torre Santa está a unos pasos; una marcha al galope nos la hace alcanzar bastante rápido. ¡Que escalada, Dios mío! “No es nada dice Francisco, nada todavía”. Se hace una parada corta, tomamos precauciones sin número sobre cornisas imperceptibles. Aquí dejamos una parte de la carga: piolets, bastones; todo lo que es inútil para la escalada. Después de tantos días vividos en la roca no es más que un juego el equilibrio inestable sobre la pared cortada del abismo.

He aquí la cima, una cima esculpida, por la que un rebecco no andaría, una cima rasurada con navaja de afeitar, con cabezas, brazos, piernas y pies que avanzan en el vacío, todo un mundo fantástico de seres figurados, en suspenso, amenazante y rebelde, que guarda la cima sagrada como una visión del Apocalipsis. Y muy cerca de allí, un poco más abajo, la pequeña capilla, que reza sola, con su campanario y su pórtico, también en el aire sobre la cima extrema, evocando alguna leyenda piadosa en sus sólidos cimientos. Al norte la montaña que subimos el año pasado, estrecha y rígida, parece cerrada a los hombres desde el punto desde el que nosotros la vemos. Atrapados por el muro vertical que cae en plomada descendemos algunos pasos sobre la otra cara, hacia otros muros que lo son tal vez un poco menos.

Pronto, después de una corta subida, parada súbita, el balcón no tiene continuidad. Una losa movediza por lo menos de diez metros de altura, dominada por un peñasco recto, cierra el camino.

Los hombres se descalzan; se abandona el resto de la carga, solamente se indulta a los prismáticos. El pan, el vino, los víveres, las chaquetas, las sandalias son amontonados sobre el balcón. Francisco sube sobre este duro resbaladero al que hay que dar un rodeo, aferrado a invisibles asperezas por la adherencia de los pies, de las nalgas, de las manos y de los hombros. Es emocionante ver a un hombre que no teme a nada trepar así, flexible y serio. Presto para la caída sobre un precipicio que cae a plomo, y con un silencio de muerte que parece esperar el ruido de un cuerpo rebotando. Pero gracias a Dios está arriba; le lanzamos la cuerda; y nos iza sobre la pequeña brecha; desde entonces la escalada continua de saliente en saliente, de cornisa en cornisa, menos horrible, puesto que el miedo, como las otras cosas de la vida no es más que un sentimiento comparativo y que los malos pasos atravesados hasta ahora no existen dos veces en la montaña. Subimos lentamente, sin miedo, jugando con el peligro, como grandes niños despreocupados del dolor, o como viejos soldados sintiendo la victoria próxima en la horrible batalla.

¡Hurra! Lo conseguimos, La Peña Santa. Ponemos el pie sobre el "*Manchón*", como lo llaman los cazadores; acampamos sobre el lugar que un hombre no ha visto jamás, y que lo haya contado, sobre la torre sagrada, donde hay una fuente que mana siempre... y que no existe. ¿No es un sacrilegio estar donde estamos nosotros?. Vicentón estará acaso maldito, por estar subido allí. Este hombre ha maldecido.

Nosotros, franceses, sufrimos como una angustia sintiéndonos sobre la montaña misteriosa. No es solamente la sublime impresión de dominar la cima más alta del extremo de Europa, una cima que no tiene su igual al oeste, más que a 4.000 leguas más lejos en las Montañas Rocosas; ni tampoco es solamente la inolvidable belleza de los horizontes azules y rojos de este mar claro franjeado de espuma y bordeado de aldeas blancas, de profundas llanuras de Castilla rojizas y recalentadas, de masas rígidas y almidonadas que forman prodigiosos amontonamientos de torres y conos, de la costa de Francia. Se trata de otra cosa. La Peña Santa es la síntesis de una tradición y de una epopeya. Este bastión con coronamientos góticos, ha participado en la lucha de la España cristiana contra la España mora; las cavernas abrigaron a Pelayo, las nieves han dado de beber a los guerrilleros, las piedras armaron a los héroes. Se destaca de este encaje de torrecillas como un inmenso recogimiento místico, una piadosa leyenda hecha de lo desconocido.



La Peña Santa es el santuario de los Picos de Europa. Un santuario guardado de las profanaciones y cerrado a la vista de los hombres. Este macizo gigantesco, que avanza hacia el mar, cuya base se hunde casi a su nivel, custodia una de las páginas más olvidadas de la historia sin duda, pero acaso más grande que la epopeya de Roldan. ¿Sabremos alguna vez recoger en las veladas del campesino asturiano, las historias de magia y milagros que se deben contar sobre este extraño país? ¿Sabremos alguna vez las relaciones misteriosas que existen en las tradiciones populares, entre la montaña santa que se eleva esbelta en el más salvaje de los desiertos, y el peregrinaje de Covadonga que se oculta a sus pies en el más verdeante de los valles, y el lago Enol lleno de encanto y vida, que extiende su alto mantel azul a medio camino de la peña sagrada y el templo donde el patriotismo asturiano reverencia al dios que salvó a España?

.....

¡El Espigüete es una montaña situada no lejos de los límites de las provincias de León y Palencia! Hace dos días desde que salimos de Valdeón, que estamos buscando esta alta cima, señal geodésica de primer orden. Toda la ciudad de Valverde de la Sierra está cosechando; las gavillas doradas se alinean sobre la era redondeada; sobresalen las cabezas risueñas de los surcos. Y todo el mundo murmura, nos preguntan y gozan de la vida rústica y amontonan alegremente el grano que hará el pan del invierno. Entre los cosechadores hay uno que se casó ayer, es durante la cosecha cuando se hace el viaje de novios, en medio de las alegrías de los compañeros y las bromas de los muchachos.

Sobre la era el camino acaba, se levanta un viento glacial, se levantan las hierbas molestando a nuestras bestias y sobre todo molestando a nuestros hombres. Convenimos que abandonemos toda

la carga inútil, no subiremos a la cima del Espigüete más que nuestro campamento y los víveres para una noche.

Estamos desde hace largo tiempo sobre el punto extremo, cuando el convoy sale de los roqueros jadeante y rendido. Montamos la tienda contra la torre geodésica y mientras que el sol se oculta en un crepúsculo violáceo, y los tres macizos de los Picos de Europa se difuminan en una luz difusa, festejamos alegremente el campamento heroico. Vicentón con expresiones divertidas salta, baila, quiere abrazar a todo el mundo. Cuenta leyendas de brujas e historias para dormir de pie hasta que de común acuerdo, dormimos acostados.

Cuando el sol se levanta aparece un instante muy corto, como una sombra china sobre los cristales de aumento de los prismáticos, el perfilo dentado y confuso de la línea de los Pirineos vista desde la cara sur.

El sol sube e ilumina Castilla, que se extiende desde unos cientos de leguas, a nuestros pies. Hacia el medio día aparecen cadenas perdidas, no se distinguen más que a larga vista y cuya silueta pálida se pierde en un extraordinario alargamiento. Pueblos y aldeas manchan de puntos blancos la meseta amarillenta; los torrentes brillan a través del país quemado.

Los Picos de Europa, en los que debemos triangular el Espigüete, razón de la ascensión, se levantan rosados y dentados, con sus roqueros horquillados y perfilados, protuberantes como espárragos y apretados como las lanzas de una tropa a la carrera. Se colorean poco a poco y en la brecha de Áliva, una línea azulada indica el mar. Al oeste, un gigantesco cono de sombra parece juntarse con Galicia; es la sombra del Espigüete, una sombra que se acorta de minuto en minuto, aproximándose a nosotros con una velocidad increíble a medida que el sol sube. A lo lejos Riaño, lugar principal, levanta sus casas esparcidas en un llano regado, on álamos que dan sombra. En Valverde que sobrepasamos unos mil metros, las gentes se despiertan en las calles adormecidas. Es domingo; las campanas repican en todos los pueblos; los sonidos argentinos suben alegremente en el cielo claro. Y fenómeno curioso, las feas nieblas que desde hace ocho días remolinean a nuestro alrededor, aparecen una última vez, expulsadas desde los Picos de Europa por el viento, se rompen en islotes dislocados y listas para desaparecer en los altos valles de León.



En Cardaño de Abajo, donde no estuvimos mas que medio día, Vicentón y Cándido declaran que no irán a ningún otro sitio y que nos plantan allí; el posadero a su vuelta dice que no alquila su único caballo y que no podemos partir para la jornada. Nos sentamos a la mesa. Cándido no quiere comer, diciendo que no somos nada para él. Vicentón, que quiere chantajearnos, nos seguirá con su burra por un precio enorme. Aceptamos, pero el pillo esperaba este momento para dar un golpe a

su manera. Protesta claramente que el precio no es suficiente y que necesita el doble. Estamos furiosos; juramos en castellano, bramamos en francés contra este tunante; le ajustamos su cuenta y le queremos cazar como a una mala persona. Después volviéndonos hacia Cándido: “¿Cuánto queréis por acercarnos a Cervera?” — El mismo precio que Vicente. — ¿Qué precio: el de su palabra dada o el de su palabra corregida?— El de su palabra dada— Dí lo justo— Dos duros— Te daremos tres, porque tu eres un buen muchacho; y se acabó.”

Vicentón hace gestos espantosos. Nuestro posadero, que quiere que nos quedemos, pone la misma cara, y su cuenta se aumentará; pero la batalla está ganada .

Había que perderse veinte veces en los caminos encenagados de Cervera; la noche cae, y los lugares se suceden a los lugares, las horas a las horas, en la desesperación de lo desconocido.

Al fin estamos en Cervera; son las once de la noche; marchamos desde hace siete horas y nuestros pobres estómagos vacíos, que gritan de hambre, se ven en la tierra prometida.

¡Alto! La historia no ha terminado. Pasamos delante del puesto de la guardia civil: dos guardias saltan sobre nosotros como si fuéramos bandidos: ¡Deteneos! ¡Esto era el colmo! ¡Pasar la noche en prisión después de una aventura tan loca! Labrouche opina que cedamos ante la fuerza; pero Saint Saud soberbiamente grita a nuestros hombres: ¡Por favor sigan y no se preocupen del resto! Nada más, en efecto, los guardias nos piden perdón del error, más confundidos que el cuervo de la fábula. «Señores ingenieros, discúlpennos». ¿Qué es lo que nos valió este triunfo? ¡Las piquetas de la tienda, las bonitas piquetas forradas de cobre y con la punta de acero que brillan a la luna, y que la guardia civil tomó por miras, tomándonos por los constructores del ferrocarril de Bilbao a León!. A dos horas de Cervera, Aguilar de Campoo baña en el fresco Pisuerga sus viejas murallas. Una elegante iglesia del siglo XIV, antiguas mansiones, un castillo arruinado dirigiendo sus torres desmochadas sobre los montículos desnudos, donde la hierba es lisa como el hielo, dos capillas románicas sobre la loma de extrañas rocas, figuran tantas ruinas extrañas en una villa que no se contenta con lo que le ha hecho la irreparable ofensa de los tiempos: es Castilla.

Paul LABROUCHE y el Conde de SAINT SAUD

---

<sup>1</sup> La relación de los viajes de los Señores Labrouche y Saint-Saud con los Picos de Europa relata una serie de exploraciones sucesivas hechas de 1890 a 1893 en este importante macizo. Los fragmentos que publicamos se han extraído de las notas de los dos geógrafos, con la excepción del viaje de 1890, que realizó sólo el Sr. Saint-Saud, y la ascensión a Peña Santa, que no ha sido realizada más que por el Sr. Labrouche. Textos y dibujos inéditos.

<sup>2</sup> N. de T. Gracias a las *Fábulas* de La Fontaine, la expresión *maître Aliboron* se ha hecho familiar en todo el mundo. Todo escolar en Francia sabe que *maître Aliboron* significa asno.

<sup>3</sup> N. de T. En 1911 desapareció, como consecuencia de una voladura, que originó una brecha por la que el agua se filtró, probablemente hacia las galerías de la mina que estaban debajo.

<sup>4</sup> N. de T. Gèdre está situado a orillas del río Gavarnie, en la región de Mediodía-Pirineos de Francia.

<sup>5</sup> Colina baja en forma de pezón de teta

<sup>6</sup> Cambiar el ganado de lugar al llegar el verano.